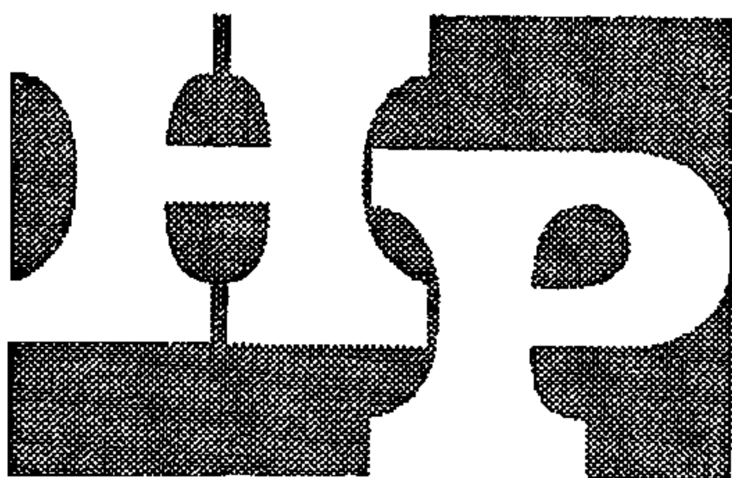
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

UNA TUMBA PARA CUATRO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

UNA TUMBA PARA CUATRO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 61
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 2915-1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: febrero, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

UN AMABLE AVISO

El cartel, más o menos, decía así:

AVISO

Se hace saber a todos los pistoleros, salteadores, ladrones, tahúres, brujos, desesperados y granjas que pululan por los alrededores, y en especial a
BILL BRANDT, THOMAS «TOW FINGERS» Y MÓNICA FREBMAN
que de ser encontrados dentro de los límites de esta honrada población a partir de las diez de la noche, molestando con su nefasta presencia a sus honestos vecinos, celebramos una gran:

FIESTA DE LAZO

cuyo acto principal consistirá en adornar con colgaduras algunos de los árboles de nuestra calle principal, durante veinticuatro horas, pues ya es sabido que esa clase de colgaduras se estropean pronto, aparte de no servir más que para una sola vez

LOS GASTOS…

de tan notable ceremonia, serán costeados por veinte vecinos distinguidos, entre los que cabe citar a los ilustres señores Pat Ferguson y Dan Rubles, además de la distinguida señorita Nancy Farwell, quienes presidirán la fiesta caso de llegar ésta a celebrarse.

Billy Brandt se rascó pensativamente la nuca y preguntó:

—¿Qué opinas tú, «Bruto»?

«Bruto» no era una persona, y eso que había allí muchas que merecían un calificativo tan dulce. Tampoco era un caballo, como parecía lógico, en aquella salvaje región de Arizona. «Bruto» era sencillamente, un perro. Y es que Billy Brandt era tan pobre que no tenía ni siquiera caballo. Solía cazar algo de vez en cuando, y entonces alquilaba una silla, pero terminaba dándole pena hacer perder su libertad al animal, y en cuanto éste lo había derribado dos o tres veces durante la doma acababa para dejarlo libre. Su ideal hubiera sido comprarse un caballo ya domado, da caos que no sienten nostalgias por la pradera, pero no tenía dinero para semejante lujo. De modo que te único que poseía era un perro. Cierto que también había querido dejarlo libre alguna vez, porque le daba pena verle tan mal acompañado, pero el perro acababa por seguirle siempre. No habla modo de quitárselo de encima. Y tan inseparables hablan llegado a ser que Bill le consultaba sus problemas con frecuencia, y «Bruto», con gruñidos y movimientos de cabeza, respondía que si o que no. «Bruto» era más listo que muchas personas, entre ellas el *sheriff* de Tombstone.

—Ya ves lo que nos dicen. No podemos entrar en la ciudad so pena de ser ahorcados. ¿Entrarías tú, «Bruto»?

El perro, un soberbio ejemplar de pastor alemán, sacó la lengua y dijo dos veces que sí con la cabeza.

Billy Brandt medía un metro ochenta de estatura, tenía unos facciones agradables y serenas, muy parecidas a las de un dios griego, y la vida al aire libre había dudo un vigor a sus músculos y una tonalidad dorada a su piel que había hecho volver la cabeza a muchísimas mujeres.

Llegó a la calle principal de Tombstone, descendiendo de una de las suaves colinas que dominaban la ciudad, y la primera persona con quien se tropezó fue con el *sheriff* Bunsen.

—¿Qué haces aquí, Brandt? ¿No has leído el cartel?

—Sí, y ya me he enterado de que hay gente a quien no le gusta que estemos en la ciudad.

—¿Sabes que vas a ser ahorcado? ¿Sabes que estamos haciendo una limpieza en Tombstone, y que sobran los indeseables como tú?

—Bueno, *sheriff*, vayamos por partes. Aún falta una hora para las diez de la noche, según he calculado por la posición de la luna, y hasta esa hora ustedes no pueden hacerme nada. Precisamente vengo a avisar a mis compañeros para largarnos todos de aquí.

El *sheriff* pareció vacilar. Tenía las manos a la altura de los revólveres.

—Te doy media hora de plazo —decidió al fin—. Si a las nueve y media no estás saliendo de la ciudad, habrá «fiesta de lazo».

Billy se llevó la mano a su sombrero, que los balazos hablan agujereado en varios sitios.

—De acuerdo, *sheriff*. Vamos a darnos mucha prisa.

Siguió andando durante unos minutos, hasta llegar al Prince Saloon. El Prince Saloon, pese a su pomposo nombre, no era el mejor de la ciudad, ni su público resultaba el más distinguido. Pero últimamente estaba siempre lleno, abarrotado, rebosante y los gritos de entusiasmo que resonaban en su interior llegaban a todos los rincones de la dudad. La causa era una sola: allí actuaba Mónica Freeman.

Mónica Freeman pasaba por tener las piernas más bonitas de Arizona. Cuantos las hablan visto moverse sobre el escenario —y eran todos los habitantes de aquel Estado que hubiesen cumplido los quince años de edad—, lo aseguraban a voz en grito y hasta con el revólver en la mano. Lo que ocurría era que Mónica Freeman no sabía cantar, ni tenía dotes de gran artista, ni nada de eso. Sabía mover las piernas y basta. En cuanto la sacaban de ahí estaba perdida. ¡Pero cualquiera explicaba a los hombres de Tombstone, que una mujer con aquella figura necesitaba saber algo más!

Lo cierto era qué a causa de su poca habilidad artística, Mónica no actuaba en el
King’s

Saloon, que, era indiscutiblemente el mejor de la ciudad. Hasta su título resultaba mucho más pomposo que el de Prince. En el
King's
Saloon consideraban que para subir a un escenario habla que saber muchas más cosas de las que sabía Mónica Freeman. Y allí la reina indiscutible era Nancy Farwell —la misma que se había ofrecido a presidir la «fiesta de lazo»—, cuyos treinta y cinco años largos le hablan servido para aprender muchísimos secretos que Mónica ignoraba a los veintiuno. Pero ya se sabe que los hombres somos brutos por naturaleza, y enemigos de la sabiduría, y todas esas cosas. Lo que Nancy Farwell supiera les importaba un comino a los tipos duros de Tombstone. En cambio, los movimientos de Mónica les quitaban el sueño. Y por eso estaba tan concurrido el Prince Saloon, mientras que el
King's
Saloon sólo acudían unos cuantos tipos aburridos a dormirse sobre sus jarras de cerveza.

Billy contempló los anuncios, en los que Mónica aparecía dibujada en cinco o seis posturas diferentes, y todas igualmente sugestivas. Se pasó la lengua por los labios, pensando en aquel monumento de mujer, y entró decididamente en el saloon.

—¡Eh, tú, Billy! ¡Todavía me debes medio dólar!

El «barman» le había llamado desde la borra. Billy le señaló los oídos.

—No oigo bien esta semana, chico. No sé qué me pasa. Si tienes algo que decirme escríbeme una carta.

El «barman» le arrojó una botella vacía a la cabeza. De haber estado llena, Billy le hubiera dado las gracias, pero tipos como aquél, no se descuidaban nunca. Botellas vacías y nada más. La esquivó, dejó que se rompiera sobre la cabeza de un jugador de «póker», que ni se movió, y siguió en línea recta hacia la escalera que estaba al fondo del saloon.

Esa escalera llevaba a los camerinos, el mejor de los cuales era el que ocupaba Mónica Freeman. Era un camerino lujosísimo.

Billy abrió la puerta sin llamar y vio lo siguiente:

Cuatro paredes de madera y una cortina hecha con telas de saco.

Un espejo con un farol de petróleo a cada lado.

Una caja de licores que debía servir como asiento.

Muchos potes de perfume, de pintura y de cosmético.

Mónica Freeman, que era su novia.

Thomas, «Dos Dedos», que era su mejor amigo.

Y el beso que se estaban dando los dos. Eso fue lo que vio mejor de todo.

—¡Diablos!

Thomas y Mónica se separaron. Thomas era muy parecido físicamente a Billy, y resultaba un tipo la mar de atractivo, pero tenía la desgracia de ser pelirrojo y de que los cabellos se le pusieran siempre en forma de zanahoria. Decía que no habla modo de que las mujeres le tomasen en serio.

—Bueno, Thomas, nos hemos repartido muchas cosas en esta vida, incluso aquel balazo que nos hirió a los dos, pero jamás habíamos hablado de repartimos la novia. ¿Qué demonios significa todo esto, mientras yo estoy fuera?

Mónica estaba intensamente colorada. Resultaba así arrebatadora, impresionante. Era como para ponerse a rugir. Y a fe que Billy tenía ganas de hacerlo, pero de rabia.

—Mónica me ha nombrado su representante artístico —afirmó Thomas muy serio—. Voy a hincharme de oro.

—Me parece que el oro es lo que menos te importa.

—Es que yo leí una vez que todos los representantes daban besos a las artistas cuando estaban en el camerino, ¿no es cierto, Mónica?

—Eso lo soñaste tú en una borrachera.

Billy terminó de entrar del todo, cerrando la puerta. Por poco pilla el rabo a «Bruto», quien se puso gruñir de una forma muy poco tranquilizadora, pero mirando a Thomas principalmente.

—Siempre te he dicho que Mónica debía ser novia nuestra por turno —afirmó el pelirrojo con voz compungida—. Nos conocemos los tres hace el mismo tiempo, hemos corrido las mismas aventuras, nos han expulsado de los mismos sitios. ¿Por qué ella tiene que ser sólo tu novia y yo quedarme de padrino de boda? ¿Por qué no puede cambiar ella de opinión, diantre?

—¿Has cambiado de opinión, Mónica? —dijo Billy mirándola al fondo de los ojos.

—Bueno, Billy, yo… Nosotros no puede decirse que fuéramos novios. Siempre formamos un grupo de tres. El hecho de que tú, me hubieras besado algún día… O por decir mejor, el hecho de que yo

te hubiera pedido que me besases…

—Siempre fui respetuoso contigo, Mónica.

—Eso prueba que te resulto indiferente.

Había un cierto oculto rencor en la voz de la mujer. Thomas intervino inmediatamente:

—Nada, nada, vosotros erais, simples amigos. El corazón de Mónica se ha despertado precisamente ahora. Y a propósito: ¿Cuándo empiezo a ejercer mi cargo? ¿Cuál va a ser mí comisión por representarte artísticamente, Mónica?

—¡Thomas, no me irás a decir que lo que te atrae de mi es el dinero que gano!

—¡Oh, yo…!

Ahora fue Billy quien intervino:

—No podrás hacer de representante artístico, Thomas, por lo menos en Tombstone. Hemos de largarnos de la ciudad.

—¿Cómo?

—Si estamos aquí dentro de veinticinco minutos, seremos los invitados de honor en una «fiesta de lazo». Han puesto varios carteles anunciándolo así, en el pueblo. El pretexto es una limpieza de gente indeseable, pero el golpe va dirigido contra nosotros, y más principalmente contra Mónica.

La mujer saltó, agresiva:

—¿Quien firma esos carteles?

—Nancy Farwell junto con Ferguson y Rubles, esos dos tipos que la protegen.

—¿Nancy Farwell? ¿Esa desdichada a la que nadie acude a ver? ¿La que no sabe interpretar en el escenario más que cancioncitas de esas que Se emplean para las felicitaciones de Año Nuevo?

—Será como tú dices, pero la protegen Ferguson y Rubles. Ya sabes que son actualmente los verdaderos amos de la ciudad junto con «El Príncipe». Tal vez este saloon sea el único establecimiento público que no les pertenece. Han dicho que nos ahorcarían y lo harán si estamos aquí dentro de veinte minutos.

Thomas empezó a alborotarse con los dedos los cabellos color panocha.

—¡Eso ya lo veremos! ¡Mónica se quedará aquí! ¡Es uno de los mejores contratos que hemos tenido! ¡No podemos dejarlo todo plantado ahora, cuando estamos caminando en línea recta hacia

una montaña de dólares!

—Estamos caminando en línea recta hacia una soga con el lacito ya hecho, Thomas. Más valdrá que nos larguemos cuanto antes de aquí. Mónica ya encontrará trabajo en otro sitio, si le parece bien, y nosotros podremos empleamos en algún rancho.

—¡Un rancho! ¡Bah!

—Billy tiene razón —afirmó Mónica—. Ya que de todas formas vamos a tener que marchamos de Tombstone no hay ninguna necesidad de hacerlo con los pies por delante. Voy a preparar mi equipaje.

El equipaje de Mónica consistía en un pequeño baúl adonde fue lanzando en desorden sus ropas de actuar, sus perfumes y cosméticos, sus zapatos, sus medias y su sombrero, pues Mónica había aprendido que una mujer no era respetada si no llevaba un buen sombrero. Cerró el baúl y se volvió hacia los dos hombres.

—Ya esté. Podemos marcharnos.

—No tengo dinero para alquilar ningún carruaje —susurró Billy —. Y no aceptaré el tuyo. ¿Cómo estás de bolsa Thomas?

—Una moneda de diez centavos, y aún no estoy seguro de que sea legitima.

—¡Estúpidos! —cortó Mónica—. He ganado algunos billetes durante mis actuaciones en este saloon. Podemos gastarlos ahora. Si vosotros me habéis ayudado siempre, no veo la razón para que yo no pueda corresponder de algún modo.

—Claro —afirmó Thomas—. Ya lo oyes, Billy.

—Tú cállate.

—Bueno, pero el tiempo pasa… ¿Cómo quieres que nos larguemos de Tombstone? ¿A pie?

—Prefiero hacerlo así antes que aceptar el dinero de Mónica.

La mujer se levantó rápidamente la falda y extrajo de su liga un fajo de dólares. Los arrojó con un gesto despectivo a la cara de Billy Brandt.

—¡Ya estoy harta de escuchar tonterías! Cuando hace dos años vine al Oeste, con la ilusión de ser una gran bailarina, y me encontré en San Antonio más perdida que un gato dentro de un florero, vosotros me recogisteis y me ayudasteis con honradez, sin pedirme nada, sin atreveros a pensar que era una mujer bonita, sin pronunciar una sola palabra atrevida acerca de mi cuerpo. Juntos lo

hemos pasado mal en diversos sitios del Oeste, y más de una vez os he metido en peligros de los que os han tenido que sacar los revólveres. Nunca os he ayudado en nada.

Y ahora que me contratan para bailar, ahora que el dinero empieza a llover sobre mi cabeza, no dejáis que os ayude…

¡Idiotas!

Thomas se enjugó hipócritamente una falsa lágrima.

—Eso y más mereceríamos que nos llamases, Mónica Somos un par de tontos que no saben comprenderte. Vengan aquí, vengan, hija mía, esos dólares con los cuales has de demostramos tu cariño.

Billy iba a protestar, pero en ese momento Mónica miró las agujas de un reloj que había en el camerino.

—Son las nueve y veinticinco —dijo.

—Tenemos el tiempo justo para salir de aquí. Ese dinero te será devuelto, Mónica. ¡Pobre de ti, Thomas, como compres una sola botella!

Cargó sobre sus potentes hombros el baúl y salió el primero. Los otros dos le siguieron en silencio. Abajo, en el saloon, haciendo eses, estaba Flanagan, un tipo que se dedicaba a alquilar carruajes a todos los tipos que tenían que huir de la ciudad. El negocio iba viento en popa.

—Necesitamos un trasto, Flanagan. ¿Puedes alquilármelo por un día y venir a recogerlo mañana a Serblen?

—Claro que sí. Ahí, en la acera, tengo dos. Coged el que más os guste y largaos. Son tres dólares.

Thomas que llevaba el dinero, se los puso en la mano. En la puerta no había dos carruajes, como había dicho el borracho, sino sólo uno, pero no era raro que Flanagan viese doble. En cambio, con el dinero le pasó todo lo contrario.

—¡Eh, que no me habéis dado tres dólares! ¡Aquí sólo hay uno y medio!

Billy iba a tirarle una silla por la cabeza, pero tuvo que detener su movimiento en seco.

Porque al otro lado de la calle acababa de sonar un disparo, y una bala había silbado junio a su cabeza.

CAPÍTULO II

UNA AMABLE DESPEDIDA

Billy arrojó el pesado baúl al suelo, para no tener estorbos, y ese gesto puramente instintivo le salvó la vida.

El baúl trazó una ése por delante de su cabeza, y dos proyectiles que iban destinados a ésta atravesaron el cofre produciendo estropicios en los vestidos, los perfumes y los cosméticos de Módica. Ésta lanzó un grito, cobijándole tras una mesa, mientras Billy se arrojaba al suelo y sacaba sus armas con un movimiento tan veloz que apenas se vieron sus manos. Thomas se lanzó en tromba contra una de las ventanas, y mientras estaba en el aire desenfundó sus revólveres también. Los dos amigos hicieron fuego al mismo tiempo, uno a través de la puerta, por debajo de los batientes, y otro a través de la ventana. Un hombre que corría para tomar posiciones en el porche frontero cayó atravesado por el plomo. Otro, que se había encaramado a uno de los carros, se encogió, hizo una grotesca pirueta y cayó bajo las ruedas. Ése fue el momento que varios tiradores invisibles escogieron para lanzar un verdadero huracán de plomo sobre el saloon, cuyas botellas empezaron a crepitar y a derramar un río de alcohol sobre los hombres agazapados en el suelo.

—¿Qué ocurre? —barbotó Thomas—. ¿Es que ya son las nueve y media?

—Ferguson y Rubles quieren acabar con nosotros sea como sea —masculló Billy—. No han tenido paciencia para aguardar. ¡Y diez o doce de sus hombres están rodeando el saloon!

—¡Con lo caras que están las municiones! —Gruñó Thomas—.

¡Me van a hacer gastar todas mis reservas!

—¡Apagaré las luces! —gritó Billy—. ¡Voy a salir…!

Había tres lámparas colgando del techo del saloon, y las llamas de las mechas fueron segadas por certeros disparos del joven. No derramó una gota de petróleo, y no produjo ningún incendio. Sólo faltaba que dejase reducido a cenizas él local, después de deber en él medio dólar. El saloon quedó completamente a oscuras.

—¡Cúbreme con tu fuego, Thomas! ¡Luego, seguidme!

Empezó a arrastrarse bajo los batientes, sin disparar. Aunque había luna, bajo el porche quedaba una espesa zona de sombra, y no era fácil que sus enemigos le viesen. Él, en cambio, sí que vio a sus sitiadores. Eran ocho, a juzgar por los fogonazos, y aun en la parte trasera del saloon debía haber alguno más. Brandt pudo haber matado a unos cuantos aprovechándose de la situación, pero le repugnaba disparar desde las tinieblas contra unos hombres que el creían en otro sitio. En cambio, Thomas, desde su refugio dio buena cuenta de dos de ellos con dos disparos consecutivos. Billy vio que Mónica empezaba a arrastrarse también por debajo de los batientes. Luego lo hizo Thomas, quien había descargado repentinamente sus dos revólveres a través de la ventana, para obligar a los sitiadores a refugiarse momentáneamente.

—¡Vamos, pronto! ¡A ese carromato!

Billy señalaba uno cuyos caballos, atados a la barra, se revolvían presa de pánico. Dejó que Mónica y Thomas subieran ágilmente, y luego lo hizo él En ese momento la luna los delató.

—¡Eh! ¡Escapan en ese carromato! ¡A ellos!

Billy segó de dos disparos las cuerdas que sujetaban a los caballos, y éstos emprendieron un salvaje galope a lo largo de la calle. Un torrente de plomo pasó entre las patas de los animales, mientras los tiradores se disponían a abandonar sus refugios para cortarles el paso.

Hacer eso fue una imprudencia. Una mortal imprudencia. Billy y Thomas, tumbados sobre la paja que llenaba el carro, no tuvieron más que tirar a bulto, mientras pesaban como un meteoro por delante de sus enemigos, y cuatro de éstos cayeron para no levantarse más. Los restantes se dejaron caer al suelo presas de pánico. Y cuando fueron capaces de reaccionar nuevamente ya el carro estaba muy lejos. Ferguson, que era uno de los que quedaban

vivos, lanzó una maldición.

—¡Imbéciles! ¡Nos han engañado como a una cuadrilla de novatos! ¡A los caballos, pronto!

De la parte posterior del saloon vinieron corriendo tres hombres más. Todos se dirigieron hacia los caballos que estaban amarrados en una calle lateral, e instantes después emprendían una frenética persecución de los fugitivos.

—Bueno, ya estamos fuera de Tombstone —gritó Billy Brandt mientras trataba de dominar a los desbocados caballos—. Nunca creí que tuviéramos que salir así de una ciudad tan rica y tan hospitalaria. ¿Estáis bien los dos, muchachos?

—¡Has perdido mi baúl con los perfumes y los vestidos! —gritó Mónica—. ¿En qué ciudad crees que voy a poder actuar ahora?

—Creo que, en ninguna otra de Arizona, Mónica. Estos tipos son capaces de estarnos persiguiendo hasta llegar al Pacífico.

Thomas, tragando paja, se situó junto a su amigo para ayudarle a frenar los caballos. Éstos, ante la presión de las riendas, moderaron un poco su galope. Pero al oír restallar los disparos de rifle a sus espaldas volvieron a desbocarse.

—¿Cuántos tipos nos persiguen Mónica? —gritó Billy desde su puesto—. ¿Los ves?

Mónica no respondió.

Un débil quejido a sus espaldas, le hizo volverse. Thomas no pudo porque estaba bastante ocupado en tratar de dominar a los caballos. Billy vio entonces algo tan increíble que por unos instantes se negó a dar crédito a sus ojos. ¡Porque dentro del carruaje, peleándose a zarpazos entre la paja, no había una mujer sino dos! ¡Y una de ellas era Nancy Farwell!

—¡Por mil diablos! —gritó Billy—. ¡Quietas! ¡Quietas o caeréis las dos bajo las ruedas!

Ninguna de las dos mujeres hizo caso de su advertencia. Entre un revuelo enorme de faldas, cabellos sedosos y briznas de paja lanzadas al aire, las dos se acometieron con todas sus fuerzas y toda su saña. Billy vio que Nancy llevaba un puñal, y eso fue lo que le obligó a intervenir.

Lanzándose hacia adelante, logró sujetar la muñeca de la mujer cuando ésta iba a asestar un golpe mortal al cuello de Mónica. Nancy jadeó, tratando de morderla. Billy hizo una pirueta y la

arrojó al otro lado del carro haciéndola pasar por encima de su cuerpo. El cuchillo quedó en medio.

—¡Sujétala Billy! ¡Voy a matarla!

Mónica se habla lanzarlo como una fiera encima del puñal. Billy logró detenerla, asestándole un golpe sin demasiada finura. Sujetó el puñal y lo arrojó al camino antes de que las cosas volvieran a complicarse. Las dos mujeres se contemplaron con expresión de odio.

—¡Maldita! —llamó una a la otra.

—¡Arpía!

Se lanzaron al ataque de nuevo, con redoblada saña. ¡Y Billy estaba en medio! Trató de esquivar lo que se avecinaba, aunque fuera hundiéndose en la paja. Pero ya no llegó a tiempo. Las dos mujeres hicieron actuar sus uñas, y los zarpazos que mutuamente se dirigían los recogió todos él. Se perdieron allí más de treinta bofetadas y arañazos, y todas absolutamente se los encontró Billy Brandt. Al cabo de unos instantes las dos mujeres estaban jadeando, rendidas, deshechas, pero sin haberse rozado siquiera, mientras que Billy se hallaba materialmente hecho polvo encima de la paja, sin fuerzas siquiera para mover un pie.

—¡De todo tienes la culpa tú, Billy! —Fritó Mónica, disponiéndose otra vez a la acometida, ahora directamente contra él —. ¡De, no ser por ti hubiese podido matarla!

—¡Y yo! ¡Yo ya tenía el puñal en su cuello! —rugió Nancy—. ¡Tú tienes la culpa de todo!

—¡Noooo!… —gritó Billy, adivinando que aquello iba a ser peor que la destrucción de Atlanta.

Bueno, las dos mujeres no estaban tan cansadas como parecía al principio. Al contrario, se encontraban en plena forma. Se lanzaron sobre Billy, sin hacer caso la una de la otra, y le dieron tal paliza que acabó olvidando su nombre. Si algo temía Billy en su vida era a las mujeres, a las que no se puede tratar a puñetazos cuando se ponen tontas. Y por no querer pagar con la misma moneda recibió como no había recibido nunca, hasta tener la sensación de que se había tragado la paja del carro, Al fin los dos lo dejaron, esta vez desfallecidas de verdad.

Thomas, que había logrado dominar los caballos, se volvió al fin con candidez.

—¿Te ocurre algo, querido Billy? Oí unos extraños ruiditos y…

Billy iba a decir algo grueso, pero ni siquiera para eso tuvo fuerzas. Se puso a escupir paja y a sacudírsela de encima, mientras las dos mujeres le miraban con ojos más encendidos que bengalas.

—¿Qué hacías aquí, Nancy? —preguntó ni fin—. ¿Fue idea tuya toda esta comedia?

—¡Nada de comedia! ¡Quería que os arrojaran de la ciudad! ¡Sobre todo a Mónica! ¡Maldita y repugnante entremetida, artista de dos al cuarto, bailarina coja!

Hubiera estado dirigiéndole cariñosos epítetos durante toda la noche si Mónica no le hubiese lanzado un puñado de paja dentro de la boca. Nancy Farwell se puso a toser.

Mientras se debatía cómicamente y se llevaba, ambas manos a la garganta, Billy la examinó con atención. Había visto muchas veces a Nancy, muchas, pero quizá nunca se había fijado en ella tan bien como ahora. Nancy era una mujer que ya había cumplido los treinta años, dueña de unas opulentas formas, unos cabellos rubios y una cara más que pasable. En ese momento llevaba un vestido negro muy ceñido y unos zapatos de alto tacón que hablan rodado sobre la paja. Billy se los devolvió.

—Toma, Nancy. Y otro día envías a Ferguson, a Rubles y a los otros perros a ladrar al Gran Lago Salado, o más lejos todavía si puede ser.

—¡Ferguson y Rubles acabarán con vosotros! ¡Me lo han prometido!

—¡Vaya! Pero ¿están los dos enamorados de ti? —gritó Thomas desde el pescante—. ¿Qué clase de lío es ése? Me parece mucho peor que el nuestro…

—¿Es que estáis los dos enamorados de Mónica? —gritó Nancy con los ojos brillantes.

—Los tengo a mis pies —afirmó la bailarina orgullosamente—. Y no me negarás que son los hombres más guapos de Arizona.

—Bueno, habrá que discutir quién es el novio de Mónica —dijo Billy—. Yo, gustosamente, cedo la preferencia a Thomas.

—Y yo a Bill —dijo Thomas, sin volverte.

Mónica le arrojó a la cabeza uno de los zapatos de Nancy. En ese momento nuevos disparos de rifle crepitaron a su espalda.

—Cuando los caballos estaban desbocados ganamos algún

terreno aún a costa de irnos al infierno —dijo Thomas—, pero ahora veo que nos van comiendo la distancia. ¿Qué, poderme hacer?

—Volver a Tombstone —indicó tranquilamente Billy.

—¿Quéeeee?…

—Sí, hombre, no pongas esa cara. Estamos llegando al Cruce de la Sierra. Encontraremos un camino secundario que regresa a la ciudad. Nuestros enemigos no pensarán ni por asomo que nos hemos atrevido a volver, y nos estarán persiguiendo hasta que a sus caballos se les caigan los dientes.

—Y ¿qué, es lo que se nos va a caer a nosotros cuando nos vuelvan a ver por Tombstone, Billy?

—Bueno, eso ya lo arreglaremos a su tiempo. Ahora no hay otro remedio que actuar así. Entre ser cazado esta noche y ser cazado mañana, elijo mañana. Además, hemos de devolver a la señorita Nancy Farwell a su camerino, ¿no te parece?

Mónita había encontrado un revólver entre la paja.

—¡Y todavía la tratáis bien! —gritó—. ¡Mira lo que he encontrado! ¡Ella tenía un revólver y un cuchillo! ¡Y estaba agazapada en el carro pan matamos!

—Para matarte a ti, nena, cariño sonrió Nancy mientras enseñaba las uñas.

—¡Te voy a…!

Billy volvía a estar en medio. Dio un salto hada atrás, aprovechando la cerrada curva que el carromato trazó al tomar d camino secundario.

—Podríais dejar aplazado este asumo, ¿no? Yo ya he recibido para todo el año.

En ese momento, oyeron desesperados ladridos a la espalda Billy tuvo un sobresalto y te asomó por detrás del carro. El pobre «Bruto», de quien nadie se había ocupado hasta el momento, había ido corriendo desesperadamente detrás del carro de su dueño, perdiendo distancia cuando los caballos se desbocaron y ganándola ahora. El fiel animal resollaba angustiosamente, y sus pezuñas despedían sangre que iba dejando por el camino. Billy K inclinó y pudo recogerlo por la piel del cuello, levantándolo en vilo.

—¡Bruto! ¡Mi pobre «Bruto»! ¡Nos habíamos olvidado de ti! ¡Y tú has estado siguiéndonos!

El animal se tumbó en la paja, desfallecido. Billy comenzó a acariciarle la sudorosa cabeza.

—No te preocupes, «Bruto». Esta noche dormirás bien. Voy a darte la cama de Thomas para que duermas tú solo.

Thomas no se enteró de lo que estaba diciendo su cariñoso amigo. Porque en este momento se vieron luces en la lejanía; y él gritó:

—¡Estamos llegando a Tombstone!

Enfilaron como una flecha la recta que conducía a la ciudad. En la calle principal de ésta varios hombres estaban aún retirando los cadáveres. Y se quedaron petrificados al ver llegar al grupo.

—Pero… ¿habéis matado ya a todos los que os perseguían?

—¡Huy, si, una matanza! —dijo Thomas, sacudiéndose los dedos.

Un silencio helado se hizo a su alrededor Todos creyeron a pie juntillas la frase del hombre. Billy saltó al suelo y ayudó a descender a las dos mujeres, que le dirigieron furibundas miradas de odio por no haber tenido la exclusiva de aquella ayuda.

—¡Nunca me casaré contigo, Billy! ¡Nunca! —Silbó Mónica.

—¡No vuelvas a ponerme los ojos encima Billy! —dijo Nancy.

—Bueno, esto sí que es tener suerte —rió él—. ¡Libre como un pajarillo! No sabéis el favor que me estáis haciendo, much… a… ch…

Doble golpe. Cada una le abofeteó en una mejilla distinta, y la cabeza del joven resonó como una caja vacía. «Bruto» ensenó los dientes de tal forma que las dos mujeres dieron un salto atrás.

—Yo tengo la habitación pagada en el hotel hasta esta noche —dijo Billy cuando cesaron los efectos de la doble bofetada—. Y tú también, Thomas. Llévate a «Bruto» y ponto en tú cama.

—Yo voy a acompañar a Nancy Farwell para que no le pase nada.

—A ella no, pero a ti, sí, cariño, en cuánto vuelvas —rió Mónica enseñando de una manera muy especial los dientes.

—Thomas, llévala a su habitación y que se duerma. No quiero recibir más bofetadas por esta noche.

Thomas la tomó del brazo con mucha suavidad y se la llevó al mismo tiempo que a «Bruto», que iba medio dormido sobre uno de sus hombros. Billy y Nancy Farwell echaron a andar hacia el otro

extremo de la calle, donde estaba el lujoso hotel en que te alojaba la artista.

—Todo esto iba contra ella —mutiló roncamente Nancy, cuando estuvieron un poco lejos—. Contra esta entrometida y odiada Mónica. Ella pretende convertirse en la reina de una población que yo he dominado durante mucho tiempo con mi belleza. Todos los hombres de Tombstone se están volviendo locos por ella. ¡Y una de las dos sobramos aquí! ¡Lo dije el primer día que ella puso los pies en un escenario!

—Cada uno tiene derecho a defenderse y a vivir —dijo Billy con voz calmosa—. Si ella tiene la vana pretensión de ser artista, ¿hay que odiarla por eso?

—Llegaría a eclipsarme. Es más joven que yo, lo sabes bien. Rubles, que tantas veces había prometido casarse conmigo, ha variado de carácter desde que ella está aquí. Ferguson, su socio, también encandila los ojos cuando se le habla de Mónica. No sé si esta noche querían matarla o raptarla, lo que les hubiera sido mucho más agradable. Por eso me oculté en el carromato dispuesta a intervenir. Además… —Su voz se hizo un poco más ronca, más sorda—, ¡además, me molesta verte con ella!

Billy se estremeció. Hacía una noche demasiado quieta, demasiado hermosa, para escuchar palabras así de labios de una mujer como Nancy. A cualquier hombre se le hubiesen ido solos los brazos hada ella. No podía negarse que Nancy era una mujer con experiencia, con sabiduría, y extremadamente dulce cuando ella quería serlo, despertaba en él esa misteriosa atracción que una mujer hecha y con historia despierta siempre en un hombre impetuoso y joven. Por ello trató de olvidar las palabras. Con acento de perfecta indiferencia, dijo:

—Bueno, ya estamos en tu hotel. Que descames bien.

—Aprovechad para iros de la ciudad. Te lo digo por tu bien, Billy, aunque para mí constituye un terrible dolor el pedirte eso.

—Tal vez nos vayamos. Lo consultaré con Mónica y con Thomas.

—Id perdiendo el tiempo en consultas y os encontraréis con un pedazo de plomo en el corazón.

—Para que eso no ocurra, debes pedir a tus amigos que no sean tan impacientes, Nancy. Buenas noches.

Ella había entreabierto los labios, acercándose un poco más a él,

y al verle volverse de espaldas los cerró con rabia.

—¡Te acordarás de esto, Billy! ¡Te acordarás! ¡Eres el primer mendigo que me desprecia!

—Está visto que esta noche no tengo suene con las mujeres —dijo él en voz alta, por todo comentario.

Pero al llegar al hotel aún le aguardaba otra sorpresa.

—Tiene usted una dama en su habitación, honorable caballero —dijo el encargado, burlonamente—. Le está esperando.

—¿A mí? ¿Y quién es? ¿Mónica?

—¡Qué va! Ya le he dicho que se trata de una dama.

Asombrado y sin saber qué pensar, Billy se dirigió a su habitación, en el primer piso. Abrió la puerta.

Y desde luego debía estar escrito que aquella noche no iba a tener suene con las mujeres.

Porque lo primero que hizo al verte la dama que estaba en la habitación, fue abalanzarse sobre él y romperle un jarro de agua en h cabeza.

CAPÍTULO III

DULCE MUJERCILLA

Luego empezó a abofetearle.

Era una mujer de verdad.

Una mujer como para caerse muerto.

Mientras ella le abofeteaba rabiosamente con las mandíbulas apretadas moviendo los brazos a la velocidad de un torbellino, Billy la estaba mirando. Ni siquiera se dio cuenta de que le estaban dando una soberana paliza. No sentía las bofetadas. Sólo advertía que tenía ante los ojos a la mujer más hermosa que había visto jamás. Cuando ella, cansada de pegarle, jadeante, roja como una amapola, retrocedió un paso, Billy dijo sencillamente:

—Gradas.

—¿Cómo? ¿Se atreve a burlarse de mí encima? ¿Por qué me da las gracias?

Porque, de no haberme abofeteado, hubiera creído que estaba soñando.

La mujer retrocedió otro paso para mirarte mejor. Sus ojos eran azules, puros y límpidos, pero ahora despedían llamaradas de odio.

—Es usted exactamente tal y como lo imaginaba. Un granuja cínico, sin escrúpulos y sin dignidad, que por desgracia todavía no ha encontrado a nadie que le dé su merecido.

Billy se llevó las manos a la cara, que le ardía, y luego las pasó lentamente por el resto de su cuerpo. No había una sola pulgada que no le estuviese doliendo en estos momentos. Quizá fuera un granuja, un desalmado y todas esas cosas que las mujeres dicen cuando se enfadan, pera desde luego le habían dado su merecido.

¡Eso sí!

—Bueno, veo que le han dado excelentes Informen de mí. ¿Con quién ha hablado? ¿Con unos de mis acreedores?

La mujer había apretado los puños y parecía dispuesta a abofetearle otra vez. Billy empezó a pensar qué sería más prudente, si salir por la puerta o saltar por la ventana.

—Oiga, señorita, señora o lo que sea: Vamos a hablar con calma. Y ante todo creo que debemos empezar por una pregunta elemental: ¿No se ha confundido usted de habitación? ¿No me habrá tomado usted por otro granuja de esos que corren por ahí? En este hotel por lo menos se alojan veinte, de modo que la cosa es fácil…

—No me he confundido. Usted es un sinvergüenza llamado Billy Brandt, amigo de otro sinvergüenza a quien se conoce por Thomas «Two Fingers».

—Si —tuvo que reconocer el joven—. En efecto, yo soy ese tipo que usted dice, y tengo un amigo que se llama de esa manera. Pero lo que no comprendo es por qué me trata usted tan cariñosamente. Jamás nos habíamos visto hasta ahora, creo yo. Y de verdad le aseguro que lo lamento.

—Más lo lamentará a partir de ahora.

La mujer había retrocedido otro paso, hasta situarse aproximadamente en el centro de la habitación. Esto permitió a Billy, que seguía junto a la puerta, verla con todo detalle. La mujer que tenía ante él era rubia, de tez fina y purísima, ojos azules y formas excelentemente torneadas. Había en ella más curvas que en cualquiera de las carreteras que atraviesan las montañas de Arizona. Vestía, además, como una dama, y se adivinaba en seguida que no había sido educada en Tombstone ni en ninguna de las otras ciudades gobernadas aun, exclusivamente por las leyes del plomo.

Billy Brandt estaba realmente boquiabierto. Ni Mónica Freeman ni Nancy Farwell, pese a ser tan hermosas, podían compararse con esta mujer. Ésta era de una belleza increíble, exagerada, casi diabólica. Era una de esas mujeres que uno preferirla no haber visto nunca, porque o se casa uno con ellas o se es desgraciado más o menos tiempo, hasta que se consigue olvidarlas.

—Dime quien eres —pidió con voz ronca—. Dime qué infierno has venido y en qué laboratorio del diablo le dieron esa fantástica belleza.

—No tengo que ver nada con el diablo —dijo ella apretando los puños otra vez.

Billy se llevó una mano a la frente, que le hervía.

—Yo era un hombre feliz —susurró—, a pesar de todo, a pesar de que llevo tras mis talones a los revólveres de una ciudad entera y a pesar de que no me queda dinero para pagar esta habitación por una noche más. Todos me conocían por mi carácter risueño y despreocupado, pero creo que ahora cambiaran las cosas. Después de verte a ti y saber que eres una mujer imposible, ya no volveré o reír en mucho tiempo. Dime si esto no tiene algo que ver con el demonio. Ser tan hermosa como tú eres, debería estar penado por la Ley.

La mujer entornó un poco los párpados, sorprendida. Pareció como si las palabras de Billy la hubiesen dejado atónita por un momento, sin saber que decir. Pero en seguida reaccionó, y lo hizo de una forma violenta. Levantó el quinqué de petróleo encendido que estaba sobre la mesa, con ánimo de lanzarlo a le cabeza de Billy. Éste arqueó las cejas, abriendo un poco los brazos en actitud resignada.

—Si quieres pegar fuego al hotel, te aconsejo que no lances el quinqué junto a la puerta. Luego no podrás salir.

La mujer rechinó los dientes y dejó poco a poco el artefacto sobre la mesa. Pero su actitud recelosa y agresiva no disminuyó por eso.

—No me gusta que me piropee un granuja y un pistolero sin dignidad.

—Esto no ha sido ningún piropo. Únicamente lamentaba que fueras tan hermosa. Y ahora que nos hemos convertido en grandes amigos y nos hemos explicado nuestros secretos, ¿quién diablos eres? ¿Cómo te llamas?

—Soy Eva Freeman. La hermana de Mónica.

El joven estuvo a punto de dar un salto.

—¿Pero qué demonios dices? ¡Si Mónica no tiene ninguna hermana!

La mujer llevó otra vez la mano al quinqué, como si fuera a lanzarlo. El solo hecho de que se pusieran sus palabras en duda parecía sacarla de quicio.

—¡Soy la hermana de Mónica Freeman! ¡Su hermana mayor! ¡Si

ella no le ha hablado nunca de mí es porque le convenía más fingirse una muchacha sin familia! Pero no he mentido, ¿me entiende? ¡Yo no miento jamás!

—Bueno, bueno, de acuerdo… Yo no la he acusado de embustera, créame, y no lo haré mientras tenga ese quinqué de petróleo al alcance de la mano. Lo único que ocurre es que me sorprende que Mónica no nos hubiera hablado de eso.

—Mónica es una cabeza loca. La vergüenza de nuestra familia.

—Pobre chica. ¡Quién lo hubiera dicho!

—¡Pero nunca se hubiera descarriado de no ser por ustedes dos! ¡Ustedes la han ayudado a llevar esta mala vida, la han pervertido, la han hundido en el lodo! Antes de llegar al hotel he pasado por delante de un saloon donde había un anuncio y un gran dibujo reproduciéndola a ella. ¡Jamás he visto una cosa tan desvergonzada, tan…, tan…!

—Tan imponente —sugirió Billy—. Todos lo dicen…

Esta vez d quinqué del petróleo voló hacia él. Billy pudo sujetarlo en el aire, en el último segundo, e impedir que se produjera una catástrofe. Luego lo depositó blandamente en el suelo. Así despedía una luz que hacia la figura de la mujer más alta, más atractiva y completa.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? —inquirió con voz ya más tranquila.

—Quiero llevarme a mi hermana. Arrancarla de este malsano ambiente.

—A ella puede interesarle seguir aquí. Le gusta esto. Es una verdadera hija del Oeste, y eso no se borra en un día.

—No me importa lo que ella piense. Tengo la razón y basta. Además… —vaciló un ínstame, para seguir con más energía—: Además, accederá encantada cuando sepa que ahora es una rica heredera. Cuando se entere de que es millonaria, en pocas palabras.

—¿Queeeeeé?

El semblante de Billy se había vuelto lívido.

—Millonaria. ¿Es que no ha oído nunca hablar de que una persona puede tener más de diez dólares en el bolsillo?

—Pues yo… Mónica… Es decir…

A pesar de su aplomo, no sabía qué contestar. Para la mente de Billy, la idea de que Mónica pudiera tener montañas de dólares en

demasiado fuerte. Mónica luciendo costosos vestidos en lo alto de un carruaje que conducirían dos cocheros uniformados, en algo que no podía imaginar. Se quedé mirando a Eva con expresión estupefacta.

—Oiga, ¿eso que dice es verdad?

—¡Le repito que yo no he mentido nunca!

—Está bien, no necesita decírmelo en voz tan alta. Podría despertar al de la habitación de al lado, y me fastidiaría con ello porque esta noche pienso robarle las botas mientras duerme. Pero, dígame: ¿cómo se explica eso de que Mónica, sea millonaria?

—No lo sé aún, pero puede serlo fácilmente. Sólo tiene que venir conmigo a Nueva York para cobrar una herencia.

—¿Una herencia de quién?

—De nuestra tía Agatha. Pregúntele usted a Mónica por tía Agatha y verá lo que le contesta.

—Bien, ya la pondré a usted en contacto con su hermana, pero no creo que pueda ser esta noche. ¿Tiene alojamiento?

—Sí. Me quedo en este mismo hotel.

—¡Vaya, qué casualidad!

—Y en esta misma habitación.

—¿Cómo?…

—Sí. Usted dejó al dueño un reloj como pago por el alquiler de esta habitación durante una noche más, pero al fin el hambre se ha dado cuenta de que ese reloj en el mismo que le desapareció a su socio hace dos meses. No ha querido denunciar el caso al *sheriff*, porque dice que ya está usted bastante apretado sin necesidad de eso, pero le ha puesto de patitas en la calle. Y me ha alquilado a mí la habitación. Yo misma quería decírselo. Porque no necesito poner de manifiesto, señor Brandt el placer enorme que me proporciona sacarle de aquí para que pase la noche en la calle. Sólo haría falta una buena nevada. Sería el colmo de la dicha.

Billy entreabrió los brazos, en actitud medio suplicante. Pero sus ojos habían vuelto a recuperar la alegría.

—Oiga, eso es una falta de formalidad. Usted no puede…

—Más falta de formalidad es cobrarse la devolución de un reloj que previamente ha robado uno mismo.

—No lo robé. Fue mi amigo Thomas «Dos Dedos». Le llaman así, porque con ellos saca de los bolsillos lo que sea, lo mismo una

cartera que un «Colt» del 45. Yo siempre le digo que va por mal camino.

—¿Usted? ¿Es que usted sabe dónde está el mal camino y dónde está el bueno? Me gustaría oírle dar consejos morales a ese angelito de Thomas.

—Le digo que va por mal camino porque robando relojes de latón no se llega a ninguna parte.

La mujer se dirigió nuevamente a él, con ánimo de continuar la sesión de bofetadas. Pero en ese momento se detuvo secamente. La puerta se había abierto, a espaldas de Billy, y una voz metálica y fría ordenó:

—Haced un solo movimiento y os asaré a los dos.

CAPÍTULO IV

LOS SIMPÁTICOS CHICOS DE CRONWELL

La voz volvió a decir, esta vez refiriéndose de manera especial a Billy:

—Va por ti, angelito. Deja caer la artillería al suelo.

Billy, levantando ligeramente las manos, miró por encima de su hombro. Eran tres hombres los que había en el umbral de la puerta, y los tres empuñaban revólveres. Dio media vuelta poco a poco.

—¡Vaya! Creía conocer a todos los pistoleros de la población, pero estaba equivocado. Ustedes son nuevos en la ciudad, ¿no?

Por toda respuesta, el que estaba más cerca de él le aplastó la culata contra la frente. Billy, que poco antes se había quitado el sombrero, recibió el impacto de lleno y cayó de espaldas. Antes de que pudiera llevar sus manos a los revólveres, dos de los intrusos cayeron sobre él y le pisotearon los dedos. Billy contuvo un gemido de dolor. Al tratar de girar sobre el suelo, recibió un nuevo golpe en el cráneo y quedó sin sentido.

No fue por mucho tiempo, aunque al despertar tuvo la sensación de que aquello había durado una eternidad. Notó que tenía las manos sólidamente atadas a uno de los pies de la cama metálica, y que por su cabeza corrían hilillos de sangre. Trató de incorporarse y no pudo. La habitación daba vueltas.

Vio entonces que los tres pistoleros habían derribado a Eva sobre el lecho, levantándole los brazos y atándoselos a los barrotes de la cabecera. La muchacha tenía las piernas libres, pero no podía levantarlas ni moverlas demasiado para obsequiar a sus atacantes con una exhibición digna del más refinado saloon. De modo que

estaba tan indefensa como una mariposa ensartada en una aguja.

—¿Amigos suyos? —preguntó Billy, torciendo la cabeza para mirarla.

La muchacha no contestó. Estaba sencillamente aterrorizada.

Sin duda no había vivido jamás una situación así, no creía poder vivirla. Billy sintió por ella una compasión profunda, repentina y miró entonces con más atención a los tres hombres, apretando los labios.

Evidentemente era el primer «trabajo» que los tres pistoleros hacían en Arizona. Billy no recordaba haberlos visto nunca, y eso que conocía a todos los maleantes del Estado. Además, vestían como gente de la ciudad, con la única diferencia de que se habían encasquetado unos sombreros tejanos y puesto unos revólveres debajo de las levitas Los tres eran jóvenes y corpulentos y parecían decididos a todo Billy sabía bien que aquella clase de pistoleros de la ciudad eran casi siempre más peligrosos que los tiradores de la pradera, porque nunca actuaban solos y porque preparaban meticulosamente todos sus golpes antes de realizarlos. Pero el objetivo que éstos se proponían ahora en un misterio para Billy.

Pronto se aclaró. Uno de los pistoleros comenzó a acariciar de una forma muy rara al cuello de la muchacha.

—¿Dónde tienes el resguardo?

—¿Qué resguardo? Susurró can voz temblorosa.

—Dijiste en Nueva York, al reportero de un periódico, que habas entrado en posesión de una fabulosa herencia en joyas. Aquí está el recorte —extrajo una tira de papel del bolsillo—. Por descostado que antes de venir al Oeste las pusiste en lugar seguro. Pues bien, nosotros queremos el resguardo para retirarlas de ese lugar seguro. O la llave de la caja fuerte que debiste alquilar en el Banco, si te parece mejor.

A Billy le daba vueltas la cabeza. ¡De modo que lo de la herencia era cierto! ¡De modo que Mónica Freeman se había convertido ahora en una auténtica millonaria!

—No sé de qué me hablan —contestó fríamente Eva.

—¿No? Bueno, vamos a registrar tu bolso. Hazlo, Bitter.

Bitter lo revolvió todo en cosa de un par de segundos.

—No hay nada, jefe.

—Bueno, quizá lo lleve encima.

El «jefe» empezó a palpar por encima a la chica. No hay que decir que hizo esto con extremo cuidado y con muchísima lentitud. Eva gemía, aunque sin atreverse a llorar.

—No lleva nada oculto —dijo al fin el pistolero, tras haberse eternizado en su tarea—. Pero de todos modos nos va a decir dónde lo guarda.

Extrajo un fósforo y lo encendió parsimoniosamente.

—Vamos, tú, Bitter, bájale una media.

Bitter lo hizo a pesar de los desesperados esfuerzos y gemidos de la muchacha para evitarlo. Billy se dio cuenta de que Eva le miraba sobre todo con vergüenza a él porque lo estaba viendo todo. Por delicadeza quiso cerrar los ojos. Pero se lo impidió la ira.

—Pagaréis esto —silbó—. ¡Vais a pagarlo con vuestra propia sangre!

—Tú, cállate. Luego te tocará el turno.

Bitter había descalzado un pie de la chica, quitándole el zapato y la media. El jefe acercó la llamita del largo fósforo de madera con la evidente y delicada intención de dejar que se consumiese entre los dedos del pie femenino. Billy silbó:

—No sois muy listos a lo que parece. Cuando la chica empiece a gritar, todo el hotel se pondré en movimiento.

—Me llamo Cronwell —dijo el jefe mirándole de reojo, con una fría sonrisa—, y no soy tonto. Tengo a dos hombres más apostados en lugares estratégicos. Asarán al que salga de sus habitaciones. Y, desde luego, con ventanas y puertas cerradas, no creo que los gritos y los disparos lleguen hasta la calle.

—Y aunque produjeran un auténtico terremoto nadie se preocuparía —suspiró Billy, desalentado—. Tombstone es una ciudad así de divertida.

Cronwell había acercado el fósforo un poco más. Billy vio que no llevaba ya los revólveres en las fundas y que estaba sólidamente atado. Pero aún así, hizo «aquello».

«Aquello» consistió en ponerse en pie con la velocidad de un gato salvaje. La cama se tambaleó y cayó de costado junto con la chica, Cronwell y el fósforo. Fue un milagro que éste no prendiera en las ropas. Billy quedó en el aire, sentado cómicamente sobre un costado de la cama abatida, pero con las dos piernas libres. Cuando uno de los pistoleros iba a disparar sobre sintió como si le hubiesen

golpeado en la cabeza con un martillo pilón, y salió despedido hacia el otro extremo de la pieza. El segundo pistolero no tuvo tiempo de ver cómo tu amigo caía, Cuando sus ojos giraban, una bota tejana se le incrustó en la boca, haciéndole saltar dos dientes. Lanzó un aullido de dolor, mientras tiraba a ciegas. Pero Billy ya estaba al otro lado de la cama, aunque seguía atado, y las balas se perdieron inútilmente en el colchón.

Cronwell estaba medio abrazado a la chica, lanzando maldiciones Vio a Billy y quiso disparar. Eva le mordió una mano, y Billy le conectó un soberbio puntapié tras la oreja. Cronwell quedó quieto y encogido, como si le hubiesen apuntillado. Pero, aún quedaban en la habitación los pistoleros armados.

A Billy le habían atado con la cinta de una cortina. Hizo un terrible esfuerzo, crujiendo sus dientes a causa de la suprema tensión de todos los músculos, y la rompió. Las balas cribaban el colchón mientras tanto. Estuvo de suerte porque los pistoleros tiraban a ciegas. Billy se dejó caer sobre Cronwell y le arrebató el arma. Pero en el momento de ir a responder al fuego, los dos pistoleros salieron de la habitación Sin duda iban a buscar refuerzos.

—¿Puede desatarse? —susurró Billy, mirando a Eva.

—Ni probarlo.

A la muchacha la hablan atado con una cinta de cuero, seguramente por creer que iba a debatirse hasta el fin. Los nudos eran algo complicados.

—Cierra los ojos —silbó Billy.

Largó dos pistoletazos casi Junto a los oídos de la muchacha. Ésta gimió. Las cintas de cuero saltaron limpiamente.

—Ahora, escóndete. ¡Escóndete, pronto!

Cronwell empezaba a recobrar el conocimiento. Billy lo durmió de un culatazo en la frente.

—¡Salvaje! ¡No eres más que un salvaje! —chilló Era.

—Perdona, otro día le cantaré una nana. Es que hoy he tenido que empeñar mi guitarra.

Se arrastró hacia un costado de la habitación. Los dos pistoleros se apostaban en ese momento a ambos lados de la puerta, haciendo fuego desde allí Una bala rebotó en la pared e hizo brotar sangre de la oreja izquierda de Billy. Otra le afeitó casi por completo la

mejilla. El joven silbó:

—¡Cáspita!

No le quedaba más remedio que corresponder dignamente. Se encogió un poco más, haciendo fuego, y uno de los pistoleros cayó hacia adelante, como un fardo, cruzándose en la puerta. Eva lanzó un grito al verlo caer.

Pero otro lo había sustituido. Aún eran tres los hombres que ponían cerco a la habitación. Billy comprendió que las cosas, estaban allí muy difíciles. Hizo una rápida señal a Eva, indicándole la ventana. La muchacha comprendió.

Nuevos proyectiles zigzaguearon por el suelo de la habitación. Los atacantes tiraban abajo, pues sabían que Billy no estaría precisamente de pie. El joven no tuvo más remedio que hacer un nuevo esfuerzo y arrojar el colchón contra la puerta. Uno, de los pistoleros quedó parcialmente descubierto, al tratar de apartarlo, y Billy le evitó preocupaciones con una bala en el vientre. Luego, aprovechando el momento de confusión saltó hacia la ventana. Eva estaba ya pasando las piernas sobre el alfeizar.

—¡No eres más que una fiera sanguinaria! ¡Has matado a dos hombres!

—Y ellos no me han matado a mí por verdadera casualidad. No estoy seguro de que no lo consigan aún. ¡Vamos allá! ¡Pronto! ¡Hay que saltar!

Estaban en un primer piso. La muchacha no se atrevía. Billy saltó primero, y luego lo hizo Eva. El joven la recibió en sus brazos.

—¡Suélteme, granuja! —chilló ella, apenas se vio sostenida de ese modo.

—Claro que voy a soltarte. ¿O quieres que nos maten a los dos?

Billy no andaba desencaminado. En ese momento apareció uno de los pistoleros en lo alto de la ventana, apuntando. Si Billy hubiese tenido aún a Eva en sus brazos, habría muerto. Pero había dejado caer a la damisela al suelo sin demasiada delicadeza Tiró una fracción de segundo antes que su enemigo, y éste se encogió alcanzado entre los dos ojos. Cayó hacia abajo, tras doblarse siniestramente, y vino a retumbar de un modo sordo en el suelo, junto al cuerpo de Eva. Ésta lanzó un grito en el que había tanto horror que era casi un grito de agonía.

—Bueno, nena, cállale o vas a despenar al *sheriff*. ¡Lo que me

hacía falta!

—¡Salvaje!

Billy, tuvo que taparle la boca y sacarla a rastras de allí. La muchacha se debatía desesperadamente. Otro pistolero asomó por la ventana, tirando a diestro y siniestro, pero sin ver dónde enviaba las balas. Billy, que estaba oculto en lugar seguro, pudo haberle liquidado fácilmente, pero no lo hizo porque aquella muerte no era necesaria. Billy necesitaba muchas cosas para decidirse a matar a un hombre. Y cuando mataba no hacía sufrir.

—Vamos, Eva, trata de calmarte o imagínate que estás en el teatro y que todo esto es broma. Haz como que abandonas tu butaca. Vámonos tranquilamente de aquí.

—¿Pero qué clase de obra de teatro te crees que voy a presenciar yo, cabeza de momia?

Hablaban en voz baja. Pero aun de hacerlo en voz alta nadie les habría oído, porque en el hotel había un espantoso bullicio. Eva, que llevaba dos costosos anillos en la mano izquierda, la echó hacia atrás para apoyarse mejor en el suelo. Al instante sintió como una suave corriente de aire en sus dedos. Se encogió. Le lateaba uno de sus anillos.

—¡Pero esto es…!

Iba a caer y trató de apoyarte nuevamente Otra vez la suave corriente de aire. Retiró la mano y vio que no llevaba ya ningún anillo.

—¡Increíble! ¡Dios mío! ¡Hay duendes en esta ciudad! ¡Hay duendes!

—Bueno, Thomas, sal de ahí —dijo Billy sencillamente—. Debiera darte vergüenza trabajar en noches como ésta.

Se oyó un suspiro, y la cabeza rematada por los cabellos color panocha de Thomas Dos Dedos apareció en la esquina, justamente al lado de Eva. El amigo de Billy iba despeinado y sumariamente vestido. Sin duda había salido corriendo del hotel al oír los disparos, creyendo que la cosa iba por él. Pero ya en la calle, aquellos dos anillos la habían puesto delante de los ojos y… En fin, la oportunidad. Si la ocasión hace al ladrón, según dicen. Imagínese el lector lo que pasará cuando el ladrón ya está hecho.

—¡De modo que usted…! —bramó Eva.

—Éste es mi amigo Thomas —dijo desmayadamente Billy.

Los ojos del aludido brillaron como bengalas al contemplar la belleza obsesionante de Eva. Seguramente, no había visto una mujer así desde que hizo su primer disparo con revólver, y semejante suceso se perdía ya en la noche de los tiempos. Lanzó al fin un silbido que, a no ser por la barahúnda que se había armado ya, hubiese despenado a todo el pueblo.

—¡Caramba! ¿Quién lo iba a sospechar? Tenga sus dos anillos, señorita. Y no vaya a pensar mal, por favor. Yo los destinaba a la beneficencia pública.

—Thomas, de nada te va a servir hacerte el santo con esta mujer. Sabe de sobra qué clase de tipos somos. Y, aparte de todo, como vuelva a verte robar algo, te dejo plantada en medio de la cabeza la culata de un revólver, a ver si crece.

—Bueno, ¿y quién es esta señorita, Billy? ¿De qué cielo se ha caído? ¿Desde cuándo las hadas se dedican a visitar Tombstone?

—Esta señorita es la hermana de Mónica Freeman.

—¿Quéeee?

—Tu futura cuñada, si te parece mejor, aunque eso aún traemos que discutirlo.

—¡Ni cuñada ni nada que se le parezca! —chilló Eva—. ¡Mónica tiene un brillante destino en Nueva York, mientras que ustedes dos acabarán colgando de cualquier horca!

—Acabaremos cosidos a balazos si no nos movemos de aquí —dijo filosóficamente Billy—. Esto se va complicando cada vez más. Propongo que vayamos todos al hotel de Mónica, que está al otro lado de Tombstone. Hasta allí no llegarán las balas.

—Les propongo llevarles en mi carruaje —dijo entonces una voz.

Los tres se volvieron con sorpresa. Creían estar solos tras la esquina, y ahora resultaba que habla alguien más. Billy hizo girar su revólver, por si acaso. Pero el que les había hablado no parecía un tipo peligroso. Era delgado, alto, fúnebre, y vestía de negro.

No llevaba armas viables, aunque había que reconocer que sus ojos eran más afilados que cuchillos.

—¿Quién es usted? —Silbó Thomas—. ¿De dónde demonios ha salido?

—¡Oh, permítame que me presente! —dijo entonces el aparecido levantando su mugriento sombrero a guisa de saludo—. Me llamo Abraham Pipper y mi profesión es… vendedor de tumbas.

CAPÍTULO V

¡QUE PROFESIÓN TAN SIMPÁTICA!

Billy tuvo que tragar saliva dos veces antes de poder contestar. Notó que el rostro de su amigo Thomas se había vuelto blanco.

—¿A qué ha dicho usted que se dedica?

—A. vender tumbas —repitió Abraham con la mayor naturalidad.

—Pero, oiga… Eso es…

—Eso es lo más natural del mundo, mis amigos. Compran ustedes un revólver y no saben si tendrán tiempo de emplearlo. Un caballo y no suben si lo llegarán a montar. Un rancho e ignoran si van a sacar de él un solo grano de maíz. Pero, en cambio, lo que todo el mundo está seguro de que va a necesitar, tarde o temprano, es una tumba. Ahí sí que no caben discusiones. Todo el mundo. Y yo, dentro de mi modesta esfera, procuro complacer tan humana necesidad vendiendo las mejores tumbas de los Estados Unidos.

Por un momento, Billy creyó que estaba viviendo en otro planeta. La noche, los ojos brillantes, las ropas negras de aquel tipo… Pero el estruendo ensordecedor de los disparos acabó por despabilarle. Los hombres de Cronwell tiraban ahora rabiosamente contra quien fuera, tratando de salir del hotel. El peligro para Billy y sus amigos no estaba en que lo consiguieran, sino en que el *sheriff* los viese por allí y supiera que eran los causantes directos o indirectos del alboroto. Entonces sí, que iban a necesitar los nervios del vendedor de tumbas.

—¿Dice que tiene usted un carruaje? —preguntó tímidamente Thomas.

—SI, aquí detrás.

—¡Pues llévenos, bendito de Dios, y cuanto antes! ¿No ve que toda esta fiesta se ha organizado por nosotros?

Abraham se rascó la nuca y luego señaló hada el fondo de una calleja secundaria.

—Ahí lo tienen.

En un carretón pintado de negro y tirado por dos caballos también negros. No era muy tranquilizador subir a él, porque parecía como si a uno fuesen a enterrarle, pero a Billy y sus amigos —si es que a Eva se la podía llamar amiga—, no les quedaba otro remedio que aprovechar aquella ocasión. De modo que corrieron y treparon a él. Billy fue a ayudar a la muchacha y recibió un bofetón como pago.

—¡Suélteme!

Los pistoleros de Cronwell, entretanto, habían logrado salir del hotel se abrían camino a tiros en busca de sus caballos. Lo raro del caso era que prácticamente nadie respondía al fuego, por estar todos medio dormidos en la ciudad. Eran los propios pistoleros los que se lo hacían todo. Billy vio brillar la estrella del *sheriff* cerca de la esquina y arrancó. Abraham se quedó en tierra.

—¡Eli! ¿Dónde puedo verles luego?

—En el hotel Prince. Pero no lo diga a nadie. ¿Entiende?

—Descuide. Soy una tumba.

Billy tuvo que tragar saliva otra vez.

—¿Quiénes eran esos hombres? —preguntó dirigiéndose a Eva, una vez que estuvieron algo lejos—. Me refiero a los que te querían adornar el piececito.

Un repentino rubor asomó a las facciones de la muchacha, pues no en vano Billy, había visto cómo le despojaban de la media. Se mordió los labios con furia.

—Desde luego no eran amigos míos.

—Conozco a todos los maleantes de Arizona. Y por descontado, esos tipos no eran de aquí. Más bien causaban el efecto de que venían de alguna ciudad del Este.

—Es posible que me hayan seguido a causa de la herencia. No lo sé con certeza, pero es posible.

—¿Qué herencia? —saltó Thomas.

—Nuestra amiga Mónica es rica. Eva ha venido para hacerte

entrar en posesión de una gran fortuna.

—¿Pero qué dices Billy? ¿Mónica rica? ¿Estás bien de la azotea?

—No lo sé. Pero lo de la herencia es verdad. Mónica tiene un periódico que lo dice, y además, esos pistoleros lo han creído a pies juntillas; si no, no hubieran gastado tanta pólvora.

Se acarició los cabellos color panocha, sin comprender.

Llegaros en ese momento al Prince Hotel, y detuvieron el carruaje. El edificio era uno de los mejores de la ciudad, y Mónica se alojaba en él desde que tenía un contrato en el saloon. Eva Freeman se tranquilizó bastante al ver el aspecto honorable y hasta suntuoso, de aquel edificio.

—¿Es aquí donde vive Mónica?

—Hasta que la echen sí.

—No habrá nadie capaz de echarla en cuanto yo hable dos palabras con ella. Voy a entrar. Y ahora buenas noches, señores. Si alguna vez necesitan una cama en un hospital no vacilen en decírmelo. Tengo muy buenas amistades en los organismos sanitarios del Sudoeste.

Dio media vuelta y entró en el hotel, dejando a los dos hombres con la boca abierta.

—Y para desayunar tostadas con mantequilla, mermelada de tres clases, zumo de frutas, bizcochos, chocolate, pastel de manzana y una tarta bien grande.

El *maître* del Prince se quedó boquiabierto.

—¿Qué dice, señorita?

—Que deseo desayunar todo eso. ¿Es que no lo tienen?

—Sí, pero…

Mónica hizo un mohín de impaciencia.

—Sírvanos y ahórrese sus comentarios. Todo le será pagado religiosamente. ¡Vamos, vamos! ¡Aprisa!

Hizo un gesto de gran señora, para dar mayor realce a sus palabras, y se estiró mucho sobre el asiento en espera de que la sirviesen. Lamentó no saber un par de palabras en francés para darte mayor importancia con ellas.

Eva, sentada al otro lodo de la mesa, la miró con expresión de reproche.

—Cualquiera diría que no has desayunado nunca, Mónica.

—Cosas tan buenas, no. Y te aseguro que apenas las sirvan van a

desaparecer en un instante.

Se las sirvieron. Mónica se danzó como una fiera sobre los manjares y empezó a devorarlos. Por lo visto las aventuras de la pasada noche le hablan abierto el apetito. Eva, por el contrario, apenas probó bocado. De repente dejó los cubiertos sobre la mesa, con un gesto de desaliento, y dijo:

—¡Eh, Mónica! Mira.

Mónica miró. Estaban las dos junto a una gran ventana. Y al otro lado de esa gran ventana se encontraban dos hombres contemplando los manjares con ojos encandilados.

Eran Billy y Thomas.

—¿Que hacen esos ahí?

—¡Oh, no habrán desayunado aún! No tienen un dólar.

—Pues entonces hemos de invitarlos. No me gustan en absoluto, pero hemos de hacer algo por ellos.

—Mira, Eva, primero deja que termine yo. Luego les haces entrar y que les sirvan lo que quieran. Pero si entran ahora es seguro que yo no terminarla de desayunar. Donde ellos están hay en seguida puñetazos, tiros, pólvora.

—¿Cómo llegaste a unirte a unos tipos así, Mónica?

—Mira, chica, tú eres mujer honorable y todas esas cositas, pero yo he tenido que ganarme la vida. Son buenas personas, aunque no lo parezcan, y me han ayudado sin pedirme nada a cambio. Jamás han hecho daño a nadie. Thomas tiene los dedos largos y de vez en cuando roba algo, pero Billy se lo hace devolver en seguida. Además, son alegres y despreocupados: da gusto estar con ellos.

Eva enarcó las cejas.

—No sé, qué quieres decir tú con eso de que da gusto estar con ellos, Mónica. Ni qué concepto tan amplio debes tener de la vida para admitir como compañeros a unos sujetos así.

—¡Pero, Eva, en Arizona una mujer no puede vivir sola! ¡Sería tanto como suicidarse, como entregarse a los caprichos de cualquier pistolero! ¡Una chica guapa como yo necesita a alguien que la defienda!

—Muy bonito. No discuto nada de eso, pero lo que no comprendo es por qué razón tienes que estar tú en Arizona. Nuestra madre nos dio medios para ejercer un oficio honrado en cualquier ciudad del Este.

—SI, claro: Cocinera, profesora de música, corsetera, modista… ¡Bah, lo que yo hago sí que es arte!

—Lo que tú haces está tan cerca del arte, como yo de las estrellas. Mónica.

—Bueno, dejemos eso. Lo cierto es que yo vine al Oeste porque estaba harta del ambiente de nuestra niñez, y porque creía que aquí había grandes posibilidades de vivir bien y ganar una gran fortuna en poco tiempo. Pero ya, ya. Los indios por poco me dejan sin cabellera, y los pistoleros por poco me dejan sin honra. Menos mal que tropecé con esos dos. Son las únicas personas simpáticas que hay desde Kansas hasta el Pacífico. Creo, Eva, que tendrás que ir siempre acompañada de uno de los dos, para estar bien protegida.

—¿Yo? ¿Te has vuelto loca?

Mientras las dos mujeres sostenían esta conversación, Billy y Thomas seguían fuera contemplando con cara de hambre, cómo su celestial amiga Mónica se daba el gran banquete. Que recordasen, ninguno de los dos había comido nada desde veinticuatro horas antes. Billy fue el primero en tomar una decisión.

—Vamos a largarnos de aquí, muchacho. Si no lo hacemos creo que voy a acabar desmayándome.

—Tienes razón, Billy. ¡Y yo creía que Mónica me amaba de veras!

Se alejaron poco a poco.

Y fue en ese momento, cuando vieran a aquel hombre.

—¡Atiza! —murmuró Thomas dando un violento codazo a su amigo—. ¡Fíjate, Billy! ¡Ha vuelto «El Príncipe»!

CAPÍTULO VI

«EL PRÍNCIPE»

Se llamaba en realidad Peter Smith, lo cual, en su opinión, era una equivocación garrafal de sus padres. Un hombre de su importancia no podía arrastrar un nombre y un apellido tan vulgares Por eso te hacía llamar Luke Star, lo cual sonaba mucho mejor. Pero lo que más le gustaba que le llamasen era «El Príncipe».

Hacía honor a ese nombre, al menos en cuanto a la indumentaria.

Sus trajes eran siempre de excelente tela y buen corte, sus camisas de seda, sus botonaduras de brillantes, sus zapatos de charol, y sus revólveres tenían cachas de oro, lo cual no era muy frecuente en las «salvaje» ciudades del Oeste.

Con él iban siempre cinco pistoleros, los cuales estaban reclutados entre los mejores tiradores de Arizona.

Al ver a Billy y a Thomas, «El Príncipe» arqueó las cejas.

—Creía que estabais fuera de Arizona, vagabundos.

—Y nosotros creíamos que tú estabas fuera del globo terráqueo ¡Oh, gran protector de sastres, zapateros y perfumistas!

Luke Star hizo rechinar los dientes.

—La última vez que os vi fue enfrente del punto de mira de mi revólver. Pudisteis escabulliros y, además llevaros a la chica que yo perseguía. Pero esta vez no vais a conseguir ni lo uno ni lo otro. ¿Dónde está Mónica? He visto su nombre en un saloon al entrar en la ciudad.

—Mónica se casó. Pudo seducir a un ranchero rico, y ahora o madre de seis hijos.

—¡Si tratáis de burlaros de mí os voy a…!

Hizo ademán de ir a empuñar sus revólveres, ademán que fue en seguida imitado por sus cinco pistoleros. Pero es ese momento ocurrió algo imprevisto y desdichado. Tan desdichado que Billy no pudo ahogar una maldición.

Mónica y Eva habían salido a la puerta del hotel para decir a los dos amigos que podían entrar a participar del desayuno. Casi tropezaron con Luke Star y sus hombres, que estaban junto a esa puerta. Luke contempló a Mónica con una mirada rápida y centelleante, pero tus ojos rodaron de asombro y se pusieron a brillar como bengalas en cuanto distinguió a Eva.

—¡Usted! —susurró Mónica—. ¡Usted de nuevo aquí en Arizona!

—He venido a buscarte, nena. Me dijeron que estabas en Tombstone. Por cierto, ¿quién es esa preciosidad que te acompaña? ¿Alguna amiguita del saloon?

—Sepa usted, petimetre, que yo soy la hermana de Mónica —dijo Eva alzando la barbilla con altanería—, y que no le consiento que emplee esas expresiones desdeñosos e insolentes.

—¡Vaya, la niña es fina! —dijo Luke Star admirativamente—. Un hallazgo. ¿Dónde os hospedáis, preciosas?

—En el Prince —declaró Eva—. Pero dudo que a usted lo dejen entrar.

—Yo soy el dueño del Prince —dijo Luke Star con una sonrisa cuadrada.

La declaración afectó de verdad a Eva. La muchacha palideció intensamente.

—Este tipo ha rotado más que todos los cuatreros del Oeste juntos. —Declaró al fin Billy—, y ahora se dedica a disfrutar su dinero. Tiene un montón de negocios en el Sudoeste, pero el de Prince es el único mediamente honrado. Su debilidad, son las chicas, como Mónica, que persigue hasta donde sea necesario. Pero a veces las cosas salen mal, ¿verdad señor Peter Smith?

«El Príncipe» hizo un gesto de rabia al oírse llamar de esa manera. Sus pistoleros, detrás, se espaciaron un poco.

—Lárguese de la dudad, señor Smith —dijo Billy coa voz silbante—. Acaba de entrar en ella y aún está a tiempo de salvar la piel. Pero no intente nada contra Mónica o contra su hermana porque te clavaré una bala entre los ojos.

Luke Star se volvió hacia sus hombres.

—¿Qué os parece el renacuajo? ¿Habla bien no?

—Yo creo que deberíamos escarmentarlos, jefe. Convendría hacerlos bailar un rato.

—Excelente idea, Empieza tú Riley.

Riley empezó. En un excelente pistolero y sabía disparar a través de las fundas, de modo que sólo tuvo que mover ligeramente los brazos para enviar a los pies de Billy una rociada de plomo. Lo hizo tan bien que removió materialmente la tierra alrededor de sus botas. Cualquiera se hubiese puesto, no a bailar, sino a hacer verdaderamente acrobacias para no ser tocado. Pero Billy, no se movió.

—He dicho que te largues de la dudad, «Prince» —repitió, sin que hubiera la menor alteración en su voz.

—¿Pero, cómo se atreves?… ¡Mátale Riley!

El pistolero fue a alzar un poco los revólveres, pero no llegó a tiempo. Billy había ladeado la cintura, inclinando el cuerpo. Su revólver derecho salió a la luz como impulsado por el movimiento de la cadera que lo sostenía. Una llamarada color naranja brotó del cañón. Riley se llevó ambas manos al pecho mientras una mueca de horror deformaba su boca. No tuvo tiempo de hacer ningún disparo más.

Quedaban cuatro pistoleros y el mismo Luke Star. Ninguno de ellos se había quedado quieto. Trataron de sacar tus armas, pero Thomas no dormía. Un balazo envió a la región de los sueños eternos al pistolero de la derecha, el más peligroso. Billy hizo un segundo disparo, éste dirigido contra Luke Star, pero no pudo alcanzarle porque su enemigo se había ladeado con una extraordinaria rapidez, Sólo consiguió rozarle el brazo, Y lo que sucedió a continuación fue tan rápido que ya los hombres se guiaran únicamente por instinto, porque ninguno tuvo tiempo para reflexionar.

Billy se lanzó hada su izquierda, tropezando con las dos mujeres, a las que obligó, con muy poca delicadeza, a entrar nuevamente en el hotel. En honor a la verdad hay que decir que Mónica ya estaba acostumbrada a estas escenas, y fue ella la que ayudó a poner a cubierto a su hermana En cuanto a Thomas se lanzó hacia el lado opuesto que su amigo, junto a un barril que hizo rodar de un

puntapié por encima de los pistoleros.

—¡Corre, Billy!

El joven no necesitaba aquella clase de consejos. Dio un salto hacia atrás intentando ganar la esquina, mientras cubría a su amigo con el fuego. Su amigo le cubrió a él. Lo hicieron los dos con tal perfección que pareció como si ensayasen cada día la misma escena.

«Prince» y sus pistoleros, sorprendidos por los disparos diabólicamente certeros de los dos amigos, trataron ante todo de ponerse a cubierto. Hubo un instante en que tanto Billy como Thomas pudieron haber matado a «Prince» por la espalda, pero no quisieron hacerlo. Jamás mataban por la espalda a nadie. En lugar de eso se reunieron tras, la esquina y echaron a correr a lo largo de la calle. Sabían lo que Mónica haría en cuanto les viese actuar de ese modo: salir por la puerta trasera del establecimiento, que daba precisamente a esa calle. Ya los cuatro juntos, corrieron como gamos en busca de un refugio más seguro.

En ese momento, frente a ellos, apareció el *sheriff*.

—¿Ustedes, otra vez? ¡Les voy a…!

Billy movió el brazo de arriba abajo, y el culatazo envió a la región, de los sueños al representante de la Ley. Al verle caer, Billy recordó que estaban en una ciudad enemiga. Todo el mundo tenía derecho a perseguirles allí. Y por unos breves instantes no supo qué hacer. Estaba sencillamente desorientado.

Y en ese momento, alguien les llamó haciendo ¡Chist! ¡Chist!: desde una puerta.

Aquello era sencillamente increíble. ¿Quién podía prestarle ayuda en Tombstone?

Miraron en aquella dirección. Y entonces fue cuando vieron por segunda vez al vendedor de tumbas.

* * *

Abraham Pipper estaba a la puerta de una casa destartalada y les hacía enérgicas señas con el brazo para que se aproximasen.

—¡Eh, vengan aquí! ¿A qué esperan? ¿A que los cacen como liebres?

Billy y sus amigos no podían elegir. En cualquier momento podía armarse en Tombstone la baraúnda más fenomenal que recordaba su historia, y eso que en el pasado de la ciudad había tres

o cuatro «juergas» de pronóstico reservado. De modo que más valía evaporarse, y por eso se dirigieron hacia la casa.

—¿Ya sabe a lo que se expone, amigo?

—Sí, ya sé que les persigue media ciudad, pero a mí, no me importan esas cosas. Entren.

Pasaron al interior de la casa, donde no había más muebles que una mesa coja y unos cuantos taburetes.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Billy tras cerrar a su espalda la puerta.

—Sólo de momento, porque no pienso estar mucho tiempo en la ciudad. Aunque tampoco quiero alejarme de ella.

Eva miró a su alrededor y levantó los brazos.

—¿Qué clase de indecencia es ésta Mónica? ¿Con qué gentecita tratas tú? ¿En qué diabólico lugar nos hemos metido?

—¡Calla! —chilló Mónica—. ¡Y darte por satisfecha si conservamos la piel!

—Le hubiese ido peor caer en manos de «Prince», hermana —dijo Billy—. Puedo asegurárselo.

En la calle, se oía un formidable estrépito. Luke Star y sus pistoleros debían haberse unido a algún grupo de los que también buscaban a Billy y Thomas, y avanzaban entre las casas sin ningún género de preocupaciones, convencidos de su superioridad. Los dos amigos, con las manos a la altura de las culatas y pegados a la puerta exterior, escucharon atentamente. Los gritos pasaron por delante de la puerta. Al parecer nadie les había visto entrar allí, y sus enemigos estaban más desorientados que un escorpión en una botella de ginebra.

—Bueno, creo que ha pasado el peligro —dijo Abraham—. Terminarán creyendo que han huido de la población y les dejarán en paz por el momento. Mientras no ocurran graves acontecimientos, ustedes estarás seguros aquí.

—¡Pero pueden ahorcarle por habernos prestado cobijo!

—¡Oh, a mí ya no es fácil que me ahorque nadie! O, mejor dicho, no me asusta. Estoy en contacto diario con la muerte.

—Amigo —cortó Thomas, mirando fijamente a los ojos de Abraham—, creo que usted no ha hecho esto por nada. No sé realmente qué se propone, porque su actitud es muy extraña, pero ciertamente propone algo. ¿Qué es?

—Sí, —añadió Billy—, nos ayudó usted anoche y vuelve a ayudarnos ahora. ¿Por qué?

—Es que tu vida me interesa mucho.

—¿Nuestra vida? ¿Qué importancia puede tener para usted?

—Es que ahora son mis clientes.

—¿Sus clientes? —saltó Billy, en el colmo del asombro—. ¿Por qué?

—Porque van a comprarme una tumba.

Capítulo VII

EXTRAÑA PROPOSICIÓN

Billy se echó a reír.

—¡Qué bromista es usted, amigo!

—¿Bromista? ¿Por qué? Nunca he hablado tan en serio.

—Bueno, entonces, ¿por quién nos ha tomado? ¿No tenemos dinero para comprar media botella de ginebra y vamos a comprar una tumba?

—Eso es justamente lo que espero de ustedes.

Billy se puso repentinamente serio.

—No tenemos ni blanca —dijo Thomas, que aún se resistía a creer en la veracidad de todo aquel asunto—. Hasta los botones de nuestras camisas son prestados, amigo. Una ruina.

—Eso es igual.

—¿Cómo? ¿Es que vende usted sin cobrar nada?

—Exactamente.

Billy tuvo que frotarse los ojos porque creía estar soñando. Todo aquello escapaba a su capacidad de comprensión. Dijo:

—Definitivamente se ríe usted de nosotros.

—Vuelvo a repetir que jamás he hablado tan en serio.

—¿Ah, sí? Jo, jo, jo… —Hizo Thomas—. Nos persigue mucha gente, amigo, y toda con malas intenciones, pero todavía no hemos llegado al extremo de comprar nuestra propia tumba. Además, en el absurdo supuesto de que la compráramos, ¿con qué íbamos a pagarle?

—Estoy cansado de repetirles que no pienso cobrar absolutamente nada.

—Pero entonces, y aunque maldito si una tumba tiene algún valor, ¿cómo y cuándo se cobraría usted el importe de tu venta?

Abraham Pipper sonrió cansinamente.

—De una forma bien sencilla: Ustedes me nombrarían su heredero universal.

—¿Quéeeeee?…

La aclamación fue hecha al unísono por Billy y Thomas, quienes habían estado a punto de sufrir un sincope.

—SÍ. ¿Qué de malo hay en ello? —dijo Abraham con una angélica calma—. Ustedes no tienen hijos, ni padres, ni hermanos, ni nada. Pueden nombrar heredero de sus bienes a quien quieran. ¿Por qué no he de sedo yo?

—Usted está borracho, amigo.

—Nosotros no tenemos bienes.

—Ni un ochavo.

—Si Mónica no se decide a vender sus ropas de escenario, no comeremos este mediodía.

—Bueno, ya he dicho que eso no importa.

Los dos amigos estaban cada vez más perplejos. Se miraron a los ojos.

—¡Diantre, ya lo tengo! —exclamó Thomas, dándose una fenomenal palmada en la frente—. ¡Usted espera que con el tiempo nos hagamos ricos! ¡Desde luego, está equivocado, pero espera que algún día el dinero llenará nuestros bobillos! Y para entonces tener una herencia bien saneada, ¿no es así?

—Bruto —dijo Billy—. Por no llamarte camello, besugo y otras cosas más. Abraham Pipper se morirá mucho antes que nosotros. Además, podríamos revocar el testamento que ahora hiciésemos a su favor. Nunca seremos ricos, pero si lo fuéramos, este hombre no llegaría jamás a entrar en posesión de nuestros bienes.

—¿Cómo qué no? Podría asesinarnos.

—El que haga sus cálculos pensando que algún día neguemos a tener dinero, está loco —sentenció Billy—. De modo que usted, señor Pipper, ya puede pedir voluntariamente que le encierren. Y, dicho esto, ya nada más tenemos que hacer aquí. Buenos días, caballero.

—¿Se marchan ustedes? ¿Es que no quieren concluir el negocio?

—¿Pero qué negocio ni que demonio? No queremos comprar

una tumba ni tenemos nada que dejar en herencia, ¿entendido? Y si alguna vez por casualidad, llegásemos a ser ricos, no querríamos vivir con su preocupación de que usted nos enviase una bala por la espalda. Orco que no se puede hablar más doro.

—Ni más equivocadamente.

—¿Qué dice? ¿Aún intenta asegurar que su proposición tiene algún sentido?

—Claro que lo tiene. Yo nunca hablo por hablar.

Los dos hombres iban a marcharse, a pesar del peligro que correrían en cuanto asomasen las narices a la calle, pero de pronto Billy vio que las dos mujeres tenían la boca abierta. No habían dicho nada aún, tanto asombro e interés era el que sentían.

—¿Pero tan brutos sois? —Gruñó—. ¿Habéis tomado en serio esta fantástica historia?

Mónica dijo que si con la cabeza.

—Deberíais escuchar a este bombee. Nunca he oído una proposición tan rara, pero algo me dice que todo esto no es broma. Que hay algo de mucha importancia oculto tras sus palabras.

—¡Claro! Trata de Vendernos una rumba para que la ocupemos nosotros. ¿Te parece poco importante?

—La señorita tiene razón —dijo Abraham Pipper—: Háganse cargo de que todo el mundo necesita una tumba, y ustedes más que nadie. Yo se la cedo a condición de que me nombren heredero. Si uno solo muere, todos sus bienes pasarán a mí. Pero si transcurre un mes y ustedes siguen vivos, ese pacto quedará anulado, ustedes entrarán en posesión definitiva de la tumba y a mí no tendrán que darme nada.

Ahora sí que Thomas se echó a reír. Se estuvo riendo hasta que le hizo daño la cintura.

—¡Pero si este tío está loco! ¡Pensar que dentro de un mes podemos tener nosotros cinco centavos!

—Naturalmente excluye a Mónica y a Eva —dijo Billy poniéndose, repentinamente serio, pues él había lanado también la carcajada—. Ellas son ricas.

—Claro que las excluyo. El trato es sólo con ustedes dos. Yo no hago negocios con mujeres.

—Y… ¡Ejem! —farfulló Thomas—, aunque antes de un mes yo me casase con Mónica la cosa también quedaría excluida, ¿verdad?

—Por supuesto. Aunque usted se casase con esta monada, cosa que no creo, el dinero siempre sería de ella.

—Claro que si se casara conmigo no llegaría a vivir el mes —dijo Mónica enseñando los dientes.

Eva era, la que estaba más seriamente interesada en aquello. El extraño aspecto de Abraham Pipper, quien vestía de negro de la cabeza a los pies, las especiales circunstancias en que lo habían encontrado siempre, la extraordinaria proposición que les había hecho… todo ello había impresionado sinceramente a Eva. Para ella había algo muy especial detrás de las palabras del hombre. Por ello alentó a Billy con la mirada. Era la primera vez que le alentaba tratándole al fondo de los ojos. Y Billy se dijo que nunca volvería a ver una mujer como aquélla. Nunca, por mucho que viviese.

—Tengo aquí papel, tintero y pluma —dijo Abraham Pipper—. Podemos redactar la escritura ahora mismo. Yo les cedo la tumba número 518 del centenario de Bradford, que es de mi propiedad según les certificaré luego, y ustedes me nombran su heredero universal para el caso de que fallezcan antes de treinta días.

—Bradford es un cementerio militar —arguyó Billy—. En él hay centenares de muertos de la guerra civil. ¿Por qué diablos se le ocurrió a usted comprar una tumba en ese sitio?

—Yo soy también militar —dijo Pipper—. Mejor dicho, lo era. Miren.

Extrajo un daguerrotipo en el que se le veía muy claramente vestido con uniforme de coronel del ejército confederado del sur. Es decir, había pertenecido al bando de los derrotados. No era extraño que un día quisiera llegar a reposar junto a sus viejos compañeros de armas. Pero entonces ¿por qué diablos vendía la tumba?

—No lo entiendo —dijo Billy.

—Hay cosas que no hace falta entender —arguyo Eva, con una lógica muy femenina—. Firmad ese documento y no se hable más del asunto. Al fin y al cabo, no perdéis nada.

—Además de bella es usted inteligente —opinó Abraham Pipper—. Si yo tuviese veinte años menos…

—… ya le habría abierto la cabeza a golpes de paraguas —terminó ella.

Comprendiendo que no debía hablar más, Pipper procedió a redactar en silencio una solemne escritura, estableciendo de modo

definitivo lo que poco antes acordaran. La firmó en primer lugar, y luego lo hicieron Billy y Thomas «Dos Dedos».

—¡Magnifico! Ya son ustedes dueños de la tumba número 518 —exclamó Pipper—. Espero que les sea muy útil, amigos. Pueden disponer de ella.

—¡Ah lo olvidaba! Miren, aquí está —extrajo de su cartera un mugriento papel, que tendió a Billy. Éste lo leyó. Estaba extendido en Washington, y por él el Gobierno Federal concedía a Abraham Pipper, ex coronel confederado, la plena propiedad de la tumba número 518 del cementerio de Bradford, en la actualidad vacía, respetando su deseo de descansar alguna vez junto a sus compañeros de armas. El documento llevaba una firma y el sello de la Administración de Cementerios Militares del Gobierno Federal.

Billy cada vez entendía menos aquello. ¿Estarán de verdad tratando con algún loco?

—No les aconsejo que salgan ahora —dijo Pipper—. Les achicharrarían. Y no tengo Interés en cobrar tan pronto mi herencia. Aquí están seguros de momento, y en la casa hay algo de comida. Les aconsejo que no se muevan hasta d anochecer.

Los cuatro se miraron Aquélla era la única proposición razonable que habían escuchado en toda la mañana.

—Muy bien. De acuerdo —dijo Billy.

Y Eva silbó al oído:

—Al anochecer, Thomas y tú iréis a ver qué, es lo que contiene esa tumba…

* * *

No hacía una hermosa noche, desde luego. Estaba lloviznando. Una nubes espesas y negras se cernían sobre la dudad y aplastaban el horizonte.

Billy y Thomas acompañaron a las dos hermanas a un hotel que no era el Prince, sino otro mucho más modesto. No querían que Luke Star ni los pistoleros de Cronwell encontrasen la pista de las dos muchachas.

En la calle no se veía un alma.

—¡Vaya nochecita para ir al cementerio! Yo… —comenzó a protestar Thomas.

—Tú irás a resolver el misterio esta misma noche, junto con

Billy. ¿Qué sois? ¿Hombres o ratones?

—Ratones.

—¡Largo de aquí! ¡Y no volváis al hotel sin ninguna noticia!

Los dos hombres se alejaron, empapándose de agua y temblando de frío. Fueron primero en busca de «Bruto», que debía vagabundear por las cercanías del bocel donde la noche anterior se alojaron.

—¿Por qué no te casas con Mónica de una vez? —Gruño Billy—. Te la podrías llevar a vivir a la costa atlántica y así me dejarías en paz a mí.

—Tú eres el que puede casarse con ella. Tienes preferencia.

—¡Ah! ¿De modo que…?

Tuvieron que cortar su disputa, porque oyeron a sus espaldas unos alegres ladridos. «Bruto», que también estaba empapado, se precipitó sobre ellos.

—Bueno, ahora que ya somos tres personas, podemos ir a Bradford —dijo Billy—. Peto despacio y sin llamar la atención, si no queremos asistir a una «fiesta de lazo».

—Bradford está a unas cuatro millas. Tenemos «fiesta», no te preocupes demasiado. Han debido estar buscándonos por los alrededores todo el día, y ahora estarán durmiendo en sus camas no hay duda.

Apenas había terminado Thomas de decir esto cuando de entre las sombras surgió ante ellos, fantasmal y agresiva, la figura del *sheriff*.

—¡Malditos! ¿Pero aún estáis aq… aq… aquí?

Tartamudeó al ver la rapidez con que Billy sacaba su revólver. Y cuando terminó la frase ya había recibido otro culatazo en el cráneo. Cayó hacia atrás, sin sentido, recto como un poste de telégrafo.

—Ya le hemos atizado dos veces hoy. Tendrá que pedir la licencia —dijo Billy.

—En todo caso larguémonos antes de que despierte. Puede poner otra vez a la ciudad en movimiento.

Dando un pequeño rodeo, salieron de la población «Bruto» les seguía silenciosamente, tan furtivo como un lobo. Caminaron largo rato y al fin vieron las dos calinas entre las cuales estaba el cementerio de Bradford. No había cesado de lloviznar. La noche era

tenebrosa.

—Bueno, la verdad es que no me gusta esta excursión —murmuró Thomas.

—Ni a mí, pero hay que averiguar lo que se oculta tres las palabras de Abraham Pipper.

Thomas buscaba desesperadamente una excusa para no seguir adelante. Al fin la encontró, y de peso.

—Oye, Billy, tú ya sabes… Hay que dejar en paz a los muertos.

—Es que yo no abriría jamás una tumba sabiendo que está ocupada Pero ya leíste el papel: Es propiedad de Abraham Pipper pan cuando él muera. Está libre.

—Volvamos atrás y digamos a las chicas que todo era un cuento.

—Mira, Thomas, ahora ya estamos metidos de lleno en la aventura. Es descabellada y absurda, ya lo sé, pero precisamente por eso, quiero averiguar la verdad que se oculta tras ella.

—Bueno, si tú lo dices…

Siguieron caminando hasta llegar a la zona semi pantanosa que se extendía entre las dos colinas. El cementerio de Bradford era uno de los más abandonados y desolados del mundo. No había en él guardas, ni verjas, ni nada Naturalmente, tampoco habla puertas. Daba la sensación de que los soldados del Sur, derrotados es vida, seguían masticando allí su derrota después de la muerte.

—Hay que encontrar una pala. No será difícil, por aquí…

Avanzaron sigilosamente entre las tumbas. La lluvia golpeaba el suelo de una forma blanda, pero siniestra. «Bruto» manifestaba su desagrado mediante gruñidos sordos. Él al parecer, atisbaba algo que los dos hombres ni imaginaban siquiera.

—Vamos a ver… 511…12… Van siguiéndose como en una calle. Aquí está: la 518.

En efecto, debía estar desocupada Era la única de los alrededores que no tenía lápida ni cruz. Cerca, brillaba mortecinamente la punta de una pala.

—Empúñala, Thomas.

El joven lo hizo. Empezó a remover silenciosamente la tierra. De pronto se detuvo, con un gesto de alarma.

—¿No oyes, Billy? Pasos… Es como si mucha gente se estuviera moviendo alrededor de nosotros.

—¡Bah, alucinaciones! Yo también estaba con el oído atento y

no he escuchado nada. Deja que ahora trabaje yo.

Thomas le entregó la pala. Pero Billy no pudo evitar un gesto de preocupación al ver que «Bruto» tenía las orejas tiesas y gruñía sordamente.

—Te digo que hay alguien. Allí, hacia el fondo, junto a la colina. ¿No ves?

Billy escrutó las tinieblas. Todo parecía moverse a su alrededor. Era como una danza de fantasmas.

—Debe ser la noche, Thomas… Deben ser suposiciones nuestras…

Pero en «Bruto» no influía para nada la noche. «Bruto» se puso a ladrar rabiosamente, mientras se le erizaba el pelo, al adivinar algo entre las sombras.

—¡Cuidado! —gritó Billy.

Pero ya no llegaron a tiempo.

CAPÍTULO VIII

¡ALERTA; LLEGA LA MUERTE!

Al principio fue como un trueno lejano.

No hubiesen sabido decir en qué consistía aquello. Tan acostumbrados al estampido de los revólveres como estaban los dos y no supieron distinguir que aquel trueno lejano era en realidad una granizada de plomo. Fue algo especial, tenebroso, como si todo el estrépito lo hubiesen organizado los fantasmas que sin duda poblaban el cementerio.

Cuando Billy gritó «¡Cuidado!» la tempestad ya estaba en marcha. Ya el huracán de plomo rugía desde las tinieblas, hacia sus cabezas. Era tarde incluso para arrojarse al suelo.

Pero las mismas tinieblas salvaron a los dos amigos.

Les disparaban desde todas partes, desde los más extraños rincones del cementerio. Aquello era una trampa en regla, y hablan caído en ella como dos corderillos. Pero sus enemigos no les velan a causa de la oscuridad y de la niebla baja, y sus disparos habían sido hechos al azar, mientras las balas mordían el fango, y aun Billy fue lo bastante rápido para tomar a «Bruto» de una oreja y arrastrarlo tras sí.

«Bruto» no ladró más. Estaba muy bien enseñado y sabía cuándo era necesario guardar silencio. En cuanto a Billy y Thomas, se alejaron de la zona batida con una rapidez de simios. Diez segundos después de comenzar los disparos ya estaban los dos por lo menos a quince metros de la tumba.

Desenfundaron sus revólveres, esperando. Ante todo, era necesario ver cuántos enemigos les atacaban. Por los fogonazos,

Billy dedujo que eran ocho. Estaban situados más o menos en círculo, y el sitio en el que confluían sus disparos era la tumba.

—¡Ese maldito Abraham Pipper! —masculló Billy en voz baja.

Pero le costaba comprender que todo aquello fuera obra del extraño viejo. ¿Para qué iba a querer él enviarlos al matadero? ¿Qué diablos ganaba con eso?

Transcurrió casi medio minuto. Los dos amigos estaban quietos y no respiraban siquiera, esperando que sus enemigos cometiesen alguna imprudencia. Realmente, y a juzgar por el fuego graneado con que les obsequiaron, era un milagro que aún continuasen vivos. Ahora, fuera de la zona de inmediato peligro, se limitaban a esperar. Pronto el fuego comenzó a cesar, hasta convertirse aquel trueno horrísono en algunos disparas aislados.

Billy vio a tres siluetas que se acercaban poco a poco. Emergieron de la niebla como fantasmas y se quedaran quietos en la zona de la tumba. Eran tres hombres vestidos de negro, o al menos lo parecían en la oscuridad. Parecían buscar algo.

—¿Es aquí? —preguntó una voz.

—Sí, éste era d lugar.

—Pues no hay ningún cuerpo. No comprendo cómo…

—¿Y si hubiesen escapado?

—¡Maldita sea! ¡Eso es imposible!

—¡Imposible o no, aquí no están sus cadáveres!

—Las voces eran roncas y excitadas. Billy comprendió que había llegado el momento de actuar.

—¡Chis! —Hizo suavemente—. ¡Chis!…

Los tres hombres se volvieron al mismo tiempo. Los revólveres brillaban en sus manos. Billy comprendió que Thomas actuarla también, y sin vacilar apretó el gatillo. El plomo aulló asimismo desde el otro lado de la tumba. Los tres hombres cayeron en las más grotescas posturas, alcanzados mortalmente. Al caer fue otra vez como si se los hubiese tragado la niebla.

—¡Bueno, Thomas, a correr!

Era Billy el que había lanzado el grito. Ahora ya habían sido vistos sus fogonazos y no podían permanecer en el mismo sitio ni un segundo más. Saltaron al aire cuando, sus tres enemigos aún no habían terminado de caer del todo. Las llamaradas color rojo y naranja brotaron otra vez de entre las sombras. El silencio del

cementerio se animó como si acabasen de despertar nuevamente los fantasmas.

Ni Billy ni Thomas habían corrido jamás tanto como en aquellos momentos.

Con agilidad de liebres saltaron por entre las tumbas, dejándose caer aquí, levantándose allá, cambiando de dirección a cada instante y zigzagueando con el cuerpo. Sólo así, y gracias a no responder a los disparos para que los fogonazos no les delatasen, pudieron conservar la piel.

Pese a sus diabólicas maniobras, ni Billy ni Thomas chocaron una sola vez. Parecían tener aquello tan ensayado como si les ocurriese cada día. Pero no pudieron evitar encontrarse cara a cara con dos de los hombres que formaban el cerco. Éstos tenían ya los revólveres preparados. Oprimieron los gatillos sin pensarlo siquiera, por instinto. Thomas sintió como si un insecto le hubiese picado el brazo, y Billy, arqueando el cuerpo, hizo fuego frenéticamente dos veces, con los dientes apretados. Su revólver trazó un alucinante zig-zag, mientras escupía plomo. Ambos enemigos cayeron alcanzados en mitad del cuerpo, doblándose trágicamente. Y después de esto se hizo el silencio.

Un silencio antinatural, expectante, que parecía cargado de las más siniestras amenazas.

—Nos observan —dijo Billy con un soplo de voz—. Tratan de localizarnos sin cometer más imprudencias. Vamos a retroceder poco a poco, separados sólo por un brazo de distancia.

—Comprendido.

Inclinados comenzaron a retroceder poco a poco. Sus pies se hundían sin ruido en la tierra blanda, viscosa. A veces tropezaban con alguna lápida.

Sus enemigos debían seguirles, peso sin dar con ellos. No cruzaron un solo disparo más. Billy y Thomas llegaron por fin, al camino y, en silencio, echaron a correr por él. Inmediatamente, se internaron por un sendero que había a su derecha, ascendiendo por una colina. No tenían caballos, y sus enemigos sí. Por lo tanto, convenía emplear más la cabeza que las piernas y huir del camino principal, ya que por velocidad nunca podrían ganar la carrera de persecución que ahora iba a iniciarse.

Se sentaron, jadeando, tras varios minutos de correr colina arriba:

—¿Qué te parece esto, Billy?…

—¡Chis, guarda silencio! Ahora pasarán los caballos.

En efecto ocho caballos pasaron al galope por el camino principal. Sólo tres iban montados, y los demás les seguían. Aguardaron a que se extinguiera el ruido de los cascos, y entonces Thomas repitió:

—¿Qué te parece esto?

—Que me asen, si lo entiendo.

—Lo que qué, parece evidente es que ese amiguito tuyo, el Abraham Pipper de los demonios, quiso enviarnos al matadero.

—¿Amigo mío ese Pipper? Es menos amigo mío que tú, lo que ya me parece decir bastante. Pero, de un modo u otro, lo que no entiendo por muchas vueltas que le dé, al asunto, es por qué Pipper desea nuestra muerte.

—Bueno, quizá no la desea —dijo Thomas, tras reflexionar un rato—. A lo mejor él no sabía que iban a atacarnos.

—Si es así, aún lo entiendo menos.

—No sé por qué, me da en la cabeza que él no preparó esta encerrona, aunque desde luego tiene algo que ver con ella. Creo que lo mejor será volver a Tombstone y hablar con él. ¿No te parece?

—¿Y por qué no vemos antes lo que hay en esa tumba?

—Yo no vuelvo ahí —afirmó Thomas solemnemente—, por lo menos hasta que se me pase el susto.

—Quizá tengas razón —afirmó Billy pensativamente—. Lo primero es hablar con Abraham Pipper. Luego, sabiendo ya a qué atenernos, volveremos aquí si es necesario…

Evitando en lo posible la ruta principal, regresaron a Tombstone. No encontraron por el camino a ninguno de los jinetes que habían salido en su persecución.

Lloviznaba aún, cuando entraron en la ciudad. Las calles estaban desiertas, pero por esa misma razón se hallaban concurridos los garitos.

—¿Qué te parece si tomamos un par de copas?

—Tú sueñas. No tenemos diez centavos. Vayamos al bocel donde están Mónica y Eva, a ver sí nos pueden dejar dormir debajo de cualquier mesa.

El hotel a que se referían tenía en la planta baja un saloon. Iba poca gente a él, pero de cierta categoría. Casi todos los pistoleros a sueldo de Tombstone eran sus clientes. Aun a riesgo de tener jaleo, Billy y Thomas entraron por allí, pues necesitaban aquel ambiente y el calor de la multitud para animarse un poco.

Pero al entrar en el local se llevaron una mayúscula sorpresa.

Toda la atención de los clientes, que eran unos veinticinco, estaba concentrada alrededor de una mesa donde se ventilaba una partida de naipes. Desde la puerta no podía verse quienes eran los contendientes, pero en el grupo podían oírse exclamaciones como:

—¡Ya lleva ganados seis mil dólares!

—¡Jamás había visto suerte así!

—¡No hoy en toda la ciudad quien juegue a las cartas como ella!

—¡Y además es guapa, la condenada!

¿«Guapa»? Luego, la que estaba jugando a las curtas en aquella mesa, ¿era una mujer?

Billy pensó inmediatamente en Mónica. Al no poder actuar en el saloon, la muy tonta era capaz de haber pensado en ganar unos billetes con el póker. Se acercó el grupo y miró por encima de las cabezas, con ánimo de enviar en seguida a Mónica a la cama, como si fuera una niña. Pero la sorpresa que se llevó fue formidable.

La que estaba jugando a las cartas no era Mónica.

Era Eva.

¡¡Eva!!

La sorpresa le paralizó las cuerdas vocales. No supo llamarla. Entonces ella alzó la cabeza un instante y le vio.

—Buenas noches, señor Brandt. ¿Puede saberse qué hace levantado a estas horas? —preguntó, con la mayor naturalidad del mundo.

—Pe… ¡pero, Eva!

—¿Qué ocurre? ¿Es que una mujer no puede distraerse?

Había un montón de piezas de oro al lado de la mujer. ¡Estaba ganando a Rug, el tahúr más importante de Tombstone!

—No sé dónde aprendiste a jugar a los naipes, Eva; pero esto no me gusta —dijo Billy, tratando de dar a su rostro una apariencia respetable—. Los naipes son…, ¿cómo diría yo? ¡Los naipes son los hijos del pecado! —afirmó, creyendo haber encontrado una frase feliz—. ¡De modo que abandónales y retírate a tu habitación

inmediatamente!

Eva sonrió.

—Sí, ya he ganado bastante por esta noche. Creo que tienes razón. Voy a retirarme.

Se puso en pie. Pero en ese momento, Rug golpeó secamente el tapete con la mano derecha.

—No puede retirarse así. Tiene que darme una oportunidad para recuperar lo mío.

—No tengo costumbre de jugar, señor. Me fatiga. Mañana podría darle otra oportunidad, pero ahora permítame que descanse.

—Usted estaba acostumbrada a jugar —dijo Rug—. Soy profesional, y a mí, no se me engaña.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué lo ha notado?

—En que ha estado haciendo trampas.

La acusación era demasiado brutal para ser dicha impunemente, y más aún a una mujer. Un pesado y ominoso silencio se hizo en el grupo después de estas inesperadas palabras. Rug estaba encarnado como la sangre, y en cuanto a Eva había palidecido un poco.

—Tú eres un profesional, Rug —dijo un bombee ya viejo—, de los que estaban más cerca, —y no precisamente de los más honrados. A ella es la primera vez que la vemos jugar. Si ha hecho trampas, ¿por qué no lo dijiste a su tiempo? De sobra conoces la ley del juego: la trampa se denuncia al ser descubierta, o después.

—¡Tú cállate, Jouper!

—¡No me callo! ¡He estado observando la partida y esa mujer no ha hecho ninguna clase de trampas!

—¿Defenderías tus palabras con el revólver, Jouper?

Todo el mundo conocía la puntería de Rug y su diabólica habilidad en el «sacar». Jouper, en cambio, era un viejo. Empezó a retroceder, pálido como un muerto, sin atreverse a decir nada. Por fin, castañeándole los dientes, sabiendo que más de veinte personas estaban pendientes de su respuesta, se atrevió a decir:

—Yo… claro que… sí…

—Bueno, señores —dijo Billy, conciliador—, yo creo que no deben tomarlo de ese modo, porque…

Sus palabras fueran cortadas por un seco estampido. Jouper cayó hacia adelante, con las manos crispadas a la altura del corazón, sin haber tocado sus armas. Rug había disparado a través

de la funda, matándolo. Luego, sacó el revólver con un movimiento instantáneo, amenazando a los demás.

—¿Alguien quiere correr la misma suene? Tengo más plomo en los cilindros. Y no me importa gastarlo porque el plomo es barato en Tombstone, señores…

Hubo un instante de silencio. Jouper se desangraba poco a poco sobre las tablas del saloon. Era inútil ayudarlo porque estaba muerto; la bala le había atravesado el corazón. Rug sonrió satisfecho, sabiendo que nadie se atrevía a enfrentársele, y entonces sus ojillos contemplaran a la muchacha.

—Venga el dinero, paloma.

Eva miró a su alrededor con cierta desorientación. Cuatro hombres más se hablan situado cerca de la mesa, con las manos a la altura de los revólveres, indicando bien a las claras que eran los compinches de Rug. Efectivamente, ningún tahúr que se preciase trabajaba sólo en Tombstone. Eva comprendió que estaba completamente perdida, a menos que entregase el dinero.

«¿Para qué diablo le importarán a Eva esos dólares? —pensó Billy—. ¡Si ella es rica!».

—Venga el dinero —repitió Rug.

—Recógelo tú mismo.

—Si me acerco será también para darte algún besito, nena.

Sus cuatro hombres rieron. Fuera de esto había un ominoso silencio en el saloon. Eva palideció, mordiéndose los labios. Y entonces se oyó la voz de Billy:

—Ahora es cuando empieza a tener interés la cosa, Rug.

El tahúr se volvió, encañonándole.

—Toda la ciudad te persigue, maldito Brandt. Eres carne de horca. Y sabes que, si te mato fríamente, tal como estamos ahora, no incurriré en responsabilidad, sino que, al contrario, me darán una recompensa.

Billy sonrió, con una expresión de absoluta indiferencia.

—La cosa es aún más divertida que antes, Rug.

—¿Es que te has vuelto loco, maldito?

—¡Oh, no! ¡Qué cosa de tan mal gusto volverse loco en un momento como éste! Pero no he intervenido hasta ahora, Rug, porque no estaban delante tus cuatro guardaespaldas. Matarte a ti sólo hubiera resultado de lo más aburrido y estúpido del mundo.

Pero siendo vosotros cinco, la situación empieza a ser emocionante y divertida.

No había terminado aún de pronunciar la última sílaba cuando Rug disparó. Billy adivinó que lo haría en ese momento, y, además, que tirarla a la cabeza, entre los dos ojos. Decían algunos que si Billy escapaba siempre a la muerte era porque la desafiaba hasta el último segundo. Y en esta ocasión su enemigo no tuvo tiempo para rectificar. La bala que iba dirigida a la cabeza de Billy se perdió en el vacío cuando el Joven se dejó caer a tierra con toda su agilidad, mientras movía las manos para sacar.

Rug lanzó una maldición e hizo fuego otra vez, bajando el revólver, pero ya no tuvo tiempo ni de oír siquiera la detonación. Billy había disparado sin apuntar apenas, mientras sacaba, y su primera bala había atravesado la mandíbula inferior de su enemigo. El proyectil debió atravesar todo el cráneo, de abajo arriba, porque Rug se desplomó igual que si acabasen de apuntillarlo.

Enfrente quedaban cuatro hombres, sin embargo. Mientras Billy daba rapidísimas vueltas por el suelo, vio que su amigo Thomas se disponía a la acción. Gritó:

—¡Quieto! ¡Déjamelos a mí!

Thomas no pudo obedecer, sin embargo, porque uno de los pistoleros iba a arrojarse sobre Eva para emplearla como escudo.

Con un movimiento casi maquinal le envió una bala entre las dos cejas. Billy, en una de sus rapidísimas vueltas, chocó de espaldas contra la barra y quedó sentado en el suelo, con los dos revólveres a punto. Los pistoleros que quedaban en pie, se habían arrojado a tierra, sacando sus armas también. Billy tiró por entre las patas de las mesas, y los proyectiles silbaron trágicamente Uno de los hombres quedó quieto en el suelo, muerto al entrar en contacto con las tablas. Los otros dos dispararon precipitadamente, y los proyectiles siluetaron la figura de Billy. Éste comprendió que no podía variar apenas de postura, y que todas sus posibilidades de salvación estaban en la rapidez con que moviera el gatillo. Sin respirar, lo apretó dos veces más. Si sus enemigos llegaban a recobrar la serenidad, estaba perdido.

Pero no la recobraron. Antes de que pudieran hacer fuego nuevamente, dos balas hablan atravesado sus cráneos. Murieron sin sufrir, sin darse cuenta.

Billy se levantó de un salo, enfundando los revólveres. Antes de sobarlos, su mirada dio un rápido giro buscando más enemigos, pero no los había.

Otra ver un silencio angustioso se había hecho en el saloon.

—Buen trabajo, Billy —dijo Thomas—. Pero no vamos a poder pagar el entierro de tanta gente.

—Lo pagará nuestra buena amiga Eva —dijo Billy.

La muchacha había retirado su montón de dólares. Miró fijamente al joven y depositó varias monedas sobre la mesa de juego.

—¿Hay suficiente?

—Creo que sí. Y ahora retírate, Eva. Estos espectáculos no convienen a una mujer de tu categoría.

—¡Claro que me retiraré! ¡Y muy pronto voy a marcharme de esta ciudad maldita!

Hizo un mohín de reina despechada y se alejó del saloon. Pero, de todos modos, se advertía que deseaba hablar con los dos hombres para conocer el resultado de su excursión nocturna. Varios tipos de los que estaban en el saloon lanzaron silbidos cuando pasó junto a ellos.

—¡Vaya tipo!

—¡Y vaya movimientos!

—¡Mi rancho por una mirada, nena!

Eva, sin hacer caso de todos aquellos comentarios, se dirigió a la puerta que daba acceso al hotel, y una vez allí esperó a Billy y a Thomas. Éstos se acercaron indolentemente, dándose importancia.

—¿Que ha sido lo de esta noche en Bradford? —preguntó rápidamente ella.

—¡Uf! ¡Somos unos tipos imponentes!

—Nos hemos hecho los amos.

—¿Los amos de qué?

—Bueno, amos de una pala oxidada que había allí —tuvo que reconocer Billy—. Por lo demás, no hemos hecho más que mojarnos y esquivar las balas.

—¿Balas? ¿Es que han disparado contra vosotros?

—Más que si hubiésemos sido unos muñecos de tiro al blanco. Aquello ha sido como para dejarse uno colgar. Hemos calculado que en el cementerio nos esperaban al menos ocho hombres.

Eva palideció rápidamente.
—¿Os espetaban? ¿Cómo es posible?
—O nos vigilaban y fueron siguiéndonos a muy poca distancia. Cabe también esa posibilidad. Con el rumor de la lluvia uno acaba por no distinguir ni el ruido de sus propios pies. El caso es que tiraron a matar, eso sí, que no podemos dudarlo.
—Pero ¿quiénes eran?
—No lo sabemos. Todo esto es un misterio Indescifrable, Eva. Lo más prudente será tratar de localizar a Abraham Pipper y hacerle cantar todo lo que sepa.
—¡El muy…! —susurró Eva—. ¡Os ha traicionado! ¡Os ha enviado a la muerte!
Billy la miró con atención. Cuando hablaba así, Eva no parecía una señorita. Había en ella algo de vehemente, de silvestre, de salvaje incluso, como en Mónica. Con lo diferencia de que era mucho más guapa. Esto, y el haberla encontrado jugándose los dólares con un tahúr, era motivo más que suficiente para hacer dar vuelta a la cabeza de Billy.
—¿Dónde está Mónica?
—Duerme, tal vez. Pero yo comprendí que no podría pegar un ojo. Por eso bajé aquí.
—Acompáñala a su habitación, Thomas, y asegúrate de que queda bien encerrada allí, no sea que se le ocurra jugar otra partida. Yo trataré de localizar a Pipper.
—Lo que debes tener cuidado es de que no te localicen a ti, Billy.
—Tengo un arma. O, mejor dicho, dos: La primera es que no hay nadie por las calles y la segunda que son pocos los que me suponen tan loco como para estar ahora en la ciudad. Te prometo que antes de media hora habré dado con ese fantasma.
—Suerte, Billy.
Era Eva quien lo había dicho. El joven sintió un repentino rubor, pues aquellas palabras habían sido para él como una caricia en pleno rostro.
Fuera, seguía lloviendo. Las gotas eran ahora más gruesas y caían con más intensidad. Su sonido monocorde parecía llenar de ecos misteriosos la noche.
Y Billy estaba pensando en eso, y en Abraham Pipper, y en el

cementerio de Bradford, y en que no tenía blanca, cuando una voz femenina a su espalda le advirtió dulcemente:

—Quieto, guapo. Silencio, precioso. Haz un movimiento, amor mío, y re trituro la cabeza.

CAPÍTULO IX

LOS ASESINOS

La voz era dulce, armoniosa, y desde luego procedía de una persona joven. Billy se medio, volvió, levantando un poco los bracos.

—Ni un movimiento precipitado. Te estoy apuntando.

—Todo el mundo me apunta esta noche —suspiró Billy con la entonación del que empieza a aburrirse de la vida—. ¿Qué quieres tú, preciosa? ¿Entregarme al *sheriff*?

—¿Y por qué habla de hacerlo?

—¡Hum! Creo que dan una recompensa por mi captura. La Asociación de Damas Respetables, o algo así, entregará una banda y una medalla a quien me ponga en manos del verdugo.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

Billy no esperaba esta respuesta. Se volvió un poco más, aunque no llegó a tener a la mujer de frente.

—Entonces, ¿por qué me amenazas?

—Con un hombre que pelee como tú lo haces, hay que tomar ciertas precauciones.

—¿Tienes, acaso, miedo de que pretenda darte un beso?

—¿Un beso a mí? Vamos, despierta y date cuenta de que lo que tengo en la mano es un revólver. Lo mismo da que lo dispare una mujer que un hombre. Mata igual. Puedo entretenerme en apretar el gatillo, mientras tú te entretienes en hablar de besos.

—Pero… ¿quién diablos eres? —susurró Billy.

—Mi nombre no te importa nada. Vuélvete.

La mujer se apartó un poco de él, a fin de encañonarle mejor y Billy se volvió por completo. Estaban bajo un porche y la oscuridad

era casi absoluta, pero, aun así, pudo distinguir que la persona que le amenazaba era una mujer de unos veinticinco años, y desde luego, endiabladamente hermosa. Estaba en su diabólica plenitud femenina que hace perder la cabeza a los hombres. Vestía de amazona, pero sus atrevidas formas se marcaban poderosas bajo el ceñido pantalón negro y la escotada blusa. Billy Brandt captó todo esto en unos segundos. Y captó también un dato revelador: el revólver que la mujer empuñaba era del calibre 45, de los que envían al otro mundo con una sola bala.

—¿Nos hemos visto antes? —susurró mirando a la mujer, con una estrecha sonrisa en sus labios.

—Tanto como vamos, no. Pero hemos tenido cierta relación.

El pensamiento pasó por la mente de Billy, como un relámpago. Fue tan intenso que casi no se atrevió a formularlo. Pero preguntó al fin, sin desviar la mirada de la mujer:

—¿En el cementerio de Bradford?

—No eres tonto, a lo que parece. Adivinas las cosas.

«La cosa es seria» pensó Billy. Aquella mujer tenía algo que ver con los que tan canallescamente habían pretendido asesinarle poco antes. Debía ser de las que disparan primero y preguntan después.

Vio que varias figuras, avanzaban, surgiendo entre las tinieblas. Eran hombres que avanzaban sigilosamente, con los brazos arqueados sobre las fundas pistoleras. Billy contó a tres de ellos. Había caído en una trampa.

«Si en ese momento viniera, Thomas»… pensó desesperadamente Billy. —«Si en este momento se le ocurriera venir a ese idiota».

Pero, Thomas debía estar arriba, deseando dar las buenas noches a Mónica. No había nada que hacer. Si no obedecía, aquellos tipos iban a vaciarle los cilindros en el cráneo.

Desabrochó sus cintos y los dejó caer. Cuándo los revólveres tocaron el suelo sintió una especie de rara vergüenza, como si estuviese desnudo.

—Vamos echa a andar. Y cuidado con intentar ninguna jugarreta.

Billy no podía intentaría. Se había dejado sorprender. Vio unos cuantos caballos que se movían entre la bruma, en la calle. De una forma instintiva se dirigió hacia ellos.

—Vamos, precioso, sube al que más te guste.

En la voz de la mujer, una voz espesa y un poco burlona. A Billy le irritó que le llamase «precioso», que le tratara como a un chiquillo estúpido que se ha dejado atrapar. Fue a revolverse, poniendo en juego su poderosa musculatura, pero en ese momento algo duro chocó contra su nuca. Vio estrellas, miles de estrellas que bailaban dentro de sus ojos, y luego perdió el sentido.

Lo recobró pronto. La lluvia que caía sobre su cuerpo no le dejó dormir mucho raro. Se dio cuenta de que estaba doblado sobre la silla de un caballo y de que tenía las manos atadas a la espalda. En ese momento el caballo se detuvo.

Iban varios junto a él. No se entretuvo en contarlos porque supo de sobra quiénes eran los que le rodeaban. Estaban ahora parados jumo a una casucha semiderruida, cuyo techo desvencijado debía ser un excelente colador para la lluvia. Dentro de esa casa había una luz, Se oyó una orden.

—Bajadlo.

—Puedo bajar yo solo.

Le dolía la nuca y notó una sensación de vértigo, pero pudo descender del caballo sin necesidad de que nadie lo tocase. Ya en la puerta de la casa, notó que la mujer le miraba. Ella, con una estrecha sonrisa en sus labios, musitó:

—Eres muy fuerte… y guapo.

Aquello era demasiado. Billy no estaba acostumbrado a que se riesen de él. La ira subió en su corazón como la espuma de cerveza en una jarra. Dio un fantástico salto, levantando ambas piernas, y la mujer cayó al suelo. Uno de los pistoleros que la acompañaba recibió un soberbio cabezazo en la boca del estómago. Billy se revolvió con la velocidad y la saña de una fiera acorralada. Sus huesos crujieron al asentar un espantoso cabezazo en la frente al hombre que se disponía a atacarle ahora. Un culatazo fue a su cráneo, pero resbaló y fue a dar en su hombro. Castañearon tos dientes de Billy. En este momento era como un tigre rabioso. De haber tenido las manos libres hubiese acabado a puñetazos con sus cuatro enemigos a la vez.

Pero no las tenía. Un segundo culatazo fue más certero. Billy se desplomó, pero aún pudo levantar ambas piernas y proyectar por los aires al enemigo que se le venía encima. Éste cayó, derribando a

la mujer y a otro de sus compañeros. Billy se puso de rodillas con todos sus músculos en tensión, dispuesto a la salvaje lucha. Cuando uno de sus enemigos se recuperó, viniendo hacia él, Bill salió despedido hacia adelante. Tenía la energía de un toro y la rabia de un lobo acosado. El pistolero recibió el cabezazo en el pecho, cayendo hacia atrás. Billy, en un fantástico equilibrio, vertical sobre él, hizo molinete con la cabeza. El pistolero lanzó un aullido de dolor. Y entonces Billy cayó de costado. A partir de este momento estuvo perdido.

Varias manos cayeron sobre él. Dos golpes seguidos se abatieron sobre su cuello. Jadeó. Y entonces la mujer se le vino encima.

Iba a besarle en la boca.

Billy recibió en los labios aquella extraña, aquella apasionada caricia. Había algo que temblaba en la mujer, como si toda ella fuese una llama. Su aliento ardoroso quemó entre los dientes del hombre.

—Eres demasiado valiente… No me obligues a que te mate.

—En cambio, tú me estás obligando a que te mate a ti, hada negra.

—¡Hada negra! No me gusta ese nombre. Me llamo Suzy Clair. Y trabajé hasta hace unos años para el ejército sudista.

—Muy bien. ¿Pero para quién trabajas ahora, nena?

—Para mí, misma.

La mujer se levantó. Ahora pudo darse cuenta Billy de que su mirada era oscura, tenebrosa. Aquella mujer llevaba la muerte en los ojos.

—Ponte en pie.

Él lo hizo. Nada podía intentar ya. Notaba que los tres pistoleros estaban sintiendo el ansia incontenible de matarle.

—Entra.

La casa consistía en una sola y vasta habitación, situado detrás de la pequeña antesala en que se había desarrollado la pelea. En esa habitación habla varias sillas, una mesa y un hombre armado ora un rifle. Billy fue obligado a sentarse.

—Ahora vas a decirme qué tumba es la que buscabais esta noche —silbó la mujer.

—¿Tumba? Habíamos ido a Bradford de visita. Hacia una noche muy adecuada para eso.

—No me gustan las bromas. ¿Qué tumba es lo que estabais buscando?

—De habernos dejado trabajar un poco más de tiempo, lo habríais averiguado muy fácilmente.

—Ése era el propósito, pero estos imbéciles se pusieron a disparar demasiado pronto. Tienen lo inteligencia en los galillos. Después del tiroteo no hemos podido saber en qué tumba os hallabais al principio.

Billy aprovechó la ocasión para hacer una pregunta que le inquietaba, y que le parecía la clave de todo aquel asunto.

—¿Qué tenéis que ver vosotros con Abraham Pipper?

—¿Abraham Pipper? ¡Bah! ¿Ese traidor?

Billy echó la cabeza hacia atrás, un poco perplejo. ¿De modo que Abraham Pipper no les había tendido una trampa? Entonces, ¿qué lío era aquél? ¿Qué papel jugaba en la aventura cada uno de aquellos seres, y dónde terminarla todo?

—Abraham Pipper nos vendió una tumba —dijo con voz perfectamente calmosa.

—¿Sí? ¿Cuál era?

—¡Qué lástima! No puedo recordarlo.

Brillaron fieramente los ojos de Suzy Clair.

—Quémale, Fred.

El llamado Fred, un tipo barbudo de unos treinta y cinco años, quitó el cristal protector del quinqué que había sobre la mesa y pasó la llama lentamente por debajo de la mandíbula de Billy. Éste apretó los dientes, conteniendo un gemido de terrible dolor. La mujer se inclinó hacia adelante, loca de placer y de excitación ante el inhumano suplido.

—Podemos hacerlo otra vez. ¿Hablarás, maldito?

—Nunca diré lo que sé a unos asesinos como vosotros.

—¿No? Otra vez Fred.

La llama del quinqué se acercó de nuevo. Fred había subido intencionadamente la mecha, para que la llama fuera más fuerte. Pero Billy no se estuvo quieto esta vez. Movió ambas piernas, echando la silla hacia atrás, propinó una doble patada y Fred y su maldito quinqué rodaron por los suelos. El petróleo se esparció, brotando repentinas llamaradas. Billy trató de llegar hasta la puerta, dando vueltas sobre sí, mismo, pero alguien le volcó encima

la pesada mesa. Los pistoleros patearon sobre las llamas, para apagarlas, consiguiéndolo al fin tras lanzar horrendas maldiciones. Billy trató de moverse, pero no pudo. Alguien se había sentado encima de la mesa.

—¡Ese maldito! —Silbó uno de los pistoleros—. ¡Vamos! ¡Matémosle de una vez!

—Está bien, mátale —susurró Suzy Clair—. Podemos capturar a su compañero. Y, si no, a cualquiera de las mujeres que les acompañan. Ellas hablarán.

Fue el mismo Fred el que se acercó, con los dos revólveres en las manos, y el que comenzó a vaciar rabiosamente ambos cilindros a la vez. Las detonaciones hicieron estremecer la noche.

CAPÍTULO X

LA MUERTE ACTÚA

Eva y Mónica estaban vestidas. A pesar de lo avanzado de la hora no se hablan acostado aún, ni por el momento pensaban hacerlo.

—Tienes que volver conmigo al Este —dijo Eva—. Son demasiados los peligros que corres aquí.

—¿Sí? La verdad es que me sorprendes, hermanita. Nunca hubiera imaginado que fueses tan prudente. Ni que supieras jugar a los naipes.

—¿Qué dices? Aquello fue una distracción sin importancia. No pienses más en ello.

—Una distracción sin importancia que te ha servido para ganar seis mil dólares.

—Seis mil dólares no son nada para mí. Soy capaz de quemarlos por puro capricho.

—¡Pero, Eva! ¿A cuánto asciende la fortuna que tenemos en el Este?

—Yo que sé. Es fabulosa. No me he entretenido en contarla. Conviene que volvamos pronto a Nueva York para hacer inventario.

—¿Y Billy y Thomas?

—Están metidos en un mal paso. No comprendo por qué ha ocurrido lo que esta noche en Bradford. Thomas mismo, al explicarlo, no lo comprendía tampoco. Pero eso mismo debe hacer que nos alejemos cuanto antes de aquí. Tú y yo somos unas señoritas.

En este momento alguien golpeó con los nudillos en la puerta. Mónica, de mala gana, dijo:

—Adelante.

Era Thomas «Dos Dedos». Tenía la expresión consternada del que te ha encontrado a su sastre con una factura debajo de la cama.

—Billy ha desaparecido. No lo comprendo.

—Habrá encontrado una mujer guapa —dijo Eva, con un acento que quería ser despectivo.

—En todo Arizona no hay mujeres como vosotras.

—¿Entonces?…

—Es que alguien ha conseguido apresarlo.

Eva se irguió instantáneamente. Era extraño, pero aquella noticia le produjo un sobresalto que no consiguió evitar. «Ese hombre no me importa —se dijo a sí misma—; es un vagabundo». Pero el temor y la ansiedad, unos sentimientos que no sabía explicarse siguieron mordiéndole el pecho.

—¿Qué supones tú, Thomas? —susurró Mónica.

—Han debido ser los mismos del cementerio. Tenemos otros enemigos en la ciudad, pero ninguno de ellos hubiese podido con Billy. En cambio, esos tipos… No sé, pero me dieron la sensación de gente organizada, sin conciencia, sin ningún escrúpulo moral.

—¿Quiénes son vuestros enemigos? —pidió Eva.

—Bueno, aquí en Tombstone, resultan incontables, pero principalmente son tres grupos: El de la gente influyente de la ciudad, grupo que está capitaneado por el *sheriff*, unos tipos llamados Pat y Ferguson y una bailarina enemiga de Mónica que llama Nancy Farwell. En segundo lugar, están los pistoleros de Cronwell, los mismos que a ti, Eva, te vinieron siguiendo el Este. Y, por fin, están los que trataron de asesinamos el cementerio esta noche. Ésos son los que me parecen más peligrosos.

—¿Crees que Billy ha podido caer en manos de esos últimos?

—Casi estoy seguro de que sí.

—¿Y qué piensas hacer, si es que un vagabundo como tú piensa hacer alguna cosa? —pidió altivamente Eva.

—¡Humn! Salir en su busca. Eso, salir en su busca. Pero he venido a preveniros para que en modo alguno os mováis de la habitación. Aquí, más o menos, estáis seguras.

—No tenemos miedo a nadie —declaró Eva—. La gentuza Tombstone no se atreverá a tocarnos un solo pelo de la ropa.

—Vuestra ropa no les interesa, por supuesto —declaró Thomas

— pero…

Tuvo que salir a toda prisa para evitar el zarpazo de Mónica. Eva le lanzó una silla, que afortunadamente para Thomas, rebotó contra la puerta. Luego las dos mujeres oyeron las pisadas precipitadas del joven al correr por el pasillo.

—Estoy preocupada por Billy —dijo Mónica sin poder contenerse—. Son un par de locos. Estarán jugando con la muerte hasta que ésta los atrape.

—¿Eres la novia de Billy? —preguntó de repente Eva, mirándola al fondo de los ojos.

—No lo sé… Billy me atrajo porque es más guapo, más entero, porque parece más hombre. Pero en realidad no creo que durante todo este tiempo yo le haya importado mucho. Me ha considerado siempre como su mejor amiga, pero sin ir más allá, aun cuando a veces me decía riendo que éramos novios. Thomas, en cambio, me ha mirado siempre como el ideal de su vida. Creo que sería más feliz con él. Pero tú, en cambio, me dices ahora que debo marchar de aquí, renunciar a esta vida…

—Sí, Mónica. Arizona es una tierra condenada, que acabaría devorándote. Debes salir de aquí. Mereces otra vida.

Mónica apretó los labios. Sabía que aquello le iba a costar, que dejar Arizona y a sus alegres compañeros sería como dejar atrás lo mejor de su existencia.

Pero no tuvo demasiado tiempo pura dedicarlo a estos amargos pensamientos. En aquel momento oyeron un crujido muy cerca de ellas a su espalda.

Se volvieron las dos.

Poco a poco, la puerta se estaba abriendo.

* * *

Thomas se encontró en la calle semi desierta. Sin su amigo, Thomas se sintió solo, abandonado, casi como un huérfano. Era una sensación ridícula, que no había sentido desde sus días de niño, pero no podía evitarla. Sin Billy, para él era como si el mundo se estuviera hundiendo bajo sus pies. Apretó los dientes y se dijo que lo encontraría aquella misma noche costase lo que costase.

¿Pero cómo? ¿Dónde?

Un hombre acudió a su memoria: el de Abraham Pipper. Él

estaba en el centro del misterio, y posiblemente podría decirle, por las buenas o por las malas, dónde se encontraba Billy.

Se dirigió a la casa donde hablaron con él aquella misma mañana. Vio luz en una de las ventanas. Comenzó a deslizarse junto a las paredes como un reptil, con los revólveres a punto.

La puerta estaba cerrada, pero no resistió su impulso. Se lanzó contra ella con la fuerza de un rinoceronte herido. La hoja de madera cedió con gran estrépito, y Thomas pasó tambaleándose al interior de la casa. Abraham Pipper, que estaba terminando de cerrar un maletín que tenía encima de la mesa, sacó un enorme revólver y trató de hacer fuego. Thomas, por suerte para él, consiguió recobrar el equilibrio a tiempo y levantar con agilidad su pierna derecha. El revólver, que era un «Colt Frontier», saltó despedido de la mano de Pipper antes de que éste consiguiera apretar el gatillo. El puntapié propinado por Thomas resonó como una detonación.

—¡Usted!… —masculló Pipper—. ¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loco?

—No, amigo. Ahora es cuando empiezo a estar cuerdo. Apártate del maletín y de la mesa. Luego levante las manos. Abraham lo hizo así. Estaba sencillamente aterrorizado.

—¿Qué quiere? ¿Qué ha ocurrido?

—Eso es precisamente lo que tiene usted que explicarme —silbó Thomas, cerrando a su espalda la puerta.

—¿Han ido a Bradford?

—Sí, y allí han intentado cazamos como a liebres. ¿Por casualidad no lo sabía?

—Yo, la verdad, no.

—¿Por qué iba a largarse, entonces? No me dirá que a estas horas salía para una merienda en el campo.

Los ojos de Abraham Pipper rodaron por la estancia, extraviados. Parecía a punto de sufrir un verdadero exceso de terror.

—Me marchaba… porque ellos están aquí.

—¿Ellos? ¿Quiénes son?

—Los mismos que vienen persiguiéndome desde Alabama.

Thomas creyó distinguir como una lucecita entre las tinieblas que rodeaban su cerebro, y acercándose un poco a Pipper insistió:

—Usted sabe mucho más de lo que aparenta. ¡Hable!

—¡Sólo sé lo que ya he dicho! Ellos están aquí.

—Muy bien. ¿Y quiénes son ellos? ¡Suelte de una vez lo que sabe o le aplastaré a culatazos la cabeza!

—¡No puedo hablar! ¡Me matarán!

—¿Y qué más le da que le maten ellos o le mate yo?

Los ojos de Pipper estaban inmóviles, y dirigían al rostro de Thomas una mirada de indescriptible terror. Tenía la boca entreabierta, y jadeaba como un caballo rendido. El joven le zarandeó.

—¡Hable!

Fue entonces cuando, sonó el disparo. La cabeza de Pipper te estremeció. Y Thomas no pudo contener una exclamación de horror al comprender que había sido atravesada.

CAPÍTULO XI

TRES MISTERIOS

En aquel momento, ni Billy, ni Thomas, ni sus dos dulces, enemigas. Mónica y Eva, se encontraban en buena situación.

Estas dos últimas se hallaban desarmadas en su habitación del hotel, viendo cómo alguien, que no podía tener intenciones demasiados correctas, abría, poco a poco la puerta.

Thomas tenía entre las manos la cabeza de Abraham Pipper, que acababa de ser atravesada de un balazo, y pensaba en estos instantes que inevitablemente el próximo plomo iría a instalarse entre sus dos cejas.

Y, por fin, Billy, aunque esto ocurría con un poco de anterioridad a los dos últimos sucesos, se encontraba bajo una mesa, con un individuo sentado encima y otro que vaciaba tranquilamente sus dos revólveres para convertirle en una criba.

Billy, sólo contaba con una ventaja, y en que su enemigo no podía verle, aunque sí adivinar su situación por la inclinación de la mesa. De modo que al oír la orden para que le acribillara, hizo un sobrehumano esfuerzo y se desplazó un poco, situándose casi debajo del hombre que aprisionaba la mesa. Ésta se mantuvo en un difícil equilibrio durante unos instantes, mientras el pistolero tiraba rabiosamente con sus dos armas. Billy sintió las balas atravesar la gruesa madera, y una de ellas le produjo un rasguño. De haber sido más delgada la madera de la mesa es seguro que el proyectil le hubiera atravesado por completo. Pero eso le hizo darse cuenta a Billy de que corría un peligro mortal terrible.

Un esfuerzo más y la mesa y el tipo que se sentaba en ella

saltaron por los aires. Suzy, que ya daba a Billy por muerto, repartía órdenes en ese instante a dos de sus pistoleros.

—¡Tú, Fred, encárgate de las chicas; y tú, Sullivan, liquida a Pipper!

Dos hombres, uno de ellos el que disparaba contra la mesa, dieron media vuelta y corrieron hacia la salida, sin esperar más. Fue ése el momento en que la mesa y el tipo que estaba encima saltaron por los aires. Suzy que se vio tan sólo en compañía de un único pistolero, gritó a los otros:

—¡Eh, volved! ¡Volved, por todos los demonios!

Se puso a disparar al mismo tiempo. No se dio cuenta de que los disparos impedirían oír su llamada. Los pistoleros, al alejarse, creyeron que estaba rematando a Billy.

—Ve tú a atrapar a las chicas —dijo Sullivan a Fred—. Yo me encargaré de Pipper.

Salieron corriendo en distintas direcciones por las calles semi desiertas. Entretanto, en la casucha de troncos, Billy actuaba.

Empujando la mesa con todas sus fuerzas, la arrojó sobre Suzy. Ésta vaciló, mientras sus balas se perdían inútilmente en el aire, y terminó por caer. El pistolero que quedaba fue a disparar sobre Billy, pero éste se movió mucho antes. Con la fuerza de un bólido se arrojó sobre él, apresándole ambos brazos. El hombre gimió. Billy, sentado sobre su pecho, le soltó un instante para cruzarle la cara de dos salvajes ganchos. La sangre brotó de los labios del pistolero, que quedó desvanecido. El joven se apoderó instantáneamente de uno de los revólveres, disparando sobre Suzy. No lo hizo a matar, sino sólo para desarmarla. Pero Suzy era ahora la que estaba cubierta por la mesa, y la que supo aprovecharse de esta situación. Sin disparar más, dándose cuenta de que la que ahora corría peligro en ella, se escabulló hacia la puerta. Billy la vio y pudo haberla matado con facilidad, pero no quiso hacerlo. Nunca matarla a nadie que no estuviera con las arman frente a él, y menos a uno mujer.

Zarandeó al pistolero a quien acababa de golpear, pero no logró despertarle. Al parecer tenía sueño para rato. Lo dejó para buscar con los ojos algo de agua, la barbilla, que había sufrido quemaduras, le dolía insoportablemente.

Vio un cubo de madera en un rincón a la escasa luz que penetraba por la puerta abierta y las ventanas y se dirigió a él.

Contenía agua limpia, con lo que se mojó repetidamente las quemaduras. Esto no le curaría, pero al menos se alivió instantáneamente. Y mientras se mojaba con la mano izquierda, con la derecha sostenía el revólver. De pronto, un suave movimiento a su espalda le avisó. El pistolero se había despertado; o quizá lo estaba antes y no lo quiso demostrar. Billy tuvo el tiempo justo para arrojarse al suelo, volcando el recipiente de agua. Dos balas aullaron junto a su cabeza. Se revolvió con la velocidad de un gato, tirando a su vez. El pistolero, que estaba de rodillas en el suelo, con los ojos inyectados en sangre, recibió la bala entre los ojos. Cayó hacia adelante, con la boca entreabierta, sin comprender aún que su enemigo pudiera haber sido más rápido que él.

Billy le despojó de su cinturón canana, colocándoselo él. Luego le cerró los ojos.

—Lo siento —susurró—. Tú tienes la culpa. Al principio no pensaba matarte.

Salió a la calle, dispuesto a actuar.

Al arrojar la mesa por los aires, mientras aún restallaba en la casa el eco de los disparos había oído a Suzy dar la orden de que eliminasen a Abraham Pipper. No había oído nada, en cambio, de lo que se refería a Mónica y a Eva.

Se dirigió, pues, a la casa donde habían visto a Pipper, aquella misma mañana.

Las dos muchachas, mientras tanto, quedarían solas.

* * *

Thomas soltó al viejo, dejándose caer al Suelo con toda la rapidez de que fue capaz. Dos proyectiles más silbaron junto a su cabeza.

Alguien había matado a Pipper desde la ventana, tirando a traición, y ahora intentaba matarle a él. A juzgar por la frecuencia de los disparos, era un solo hombre. Thomas apuntó a la lámpara de petróleo e hizo fuego. La habitación quedó sumida en tinieblas. Vio claramente los fogonazos partiendo desde la ventana, mientras las balas aullaban inútilmente en el interior de la pieza. Como un reptil, Thomas se deslizó hacia la puerta. La abrió de un seco golpe, saliendo al exterior y tomando a su enemigo de flanco. El pistolero se dio cuenta a tiempo y disparó sobre Thomas, arrancándole

cabellos de la cabeza. Thomas rindo más frío que si le hubiesen enterrado en un témpano de hielo. Se encogió y apretó el gatillo dos veces, con rapidez vertiginosa. Sullivan, el pistolero que se encontraba junto a la ventana, cayó lentamente con el corazón atravesado.

Thomas se puso en pie, respirando fuerte. No había obtenido nada en claro, pero al menos había salvado la vida. Casi estaba punto de sentirse satisfecho de sí mismo cuando de pronto tuvo que exclamar:

—¡Atiza!…

Tres pistoleros más se agazapaban entre las cercanas sombras. Thomas sólo fue capaz de distinguirlos por el brillo de sus revólveres. Volvió a arrojarse al suelo, ahora con inris rapidez aún que ames.

—Me voy a estropear mi traje nuevo —masculló mientras se revolcaba por el fango.

Los tres pistoleros dispararon casi a la vez, acribillando la zona de sombras en que él se movía. No pudieron distinguirte porque precisamente el barro hizo que nada brillara en su cuerpo. Pero las balas silbaron tan cerca de él que tuvo que cerrar los ojos.

Con los ojos cerrados, sin embargo, no dejó en ningún momento de dar vueltas sobre sí mismo, para alejarse de la zona en que sus enemigos creían haberle situado. Cuando estuvo algo más lejos se atrevió a disparar alcanzando a uno de los pistoleros. Los otros se replegaron instantáneamente. Thomas iba a hacer fuego otra vez cuando alguien se dejó caer a su lado, chapoteando también en el fango.

—¡Por todos los demonios! ¡Billy!

Billy le hizo un seco ademán para que callase. Sus dedos sostenían dos revólveres.

—¿Pipper?

—Muerto —silbó Thomas.

Los pistoleros que tenían enfrente, tras unos instantes de vacilación reanudaron el fuego. Pero ignoraban que ahora había dos hombres al otro lado de la calle, en vez de uno solo. Por los fogonazos fue fácil a Billy y a Thomas localizar su situación. Tiraron ellos a su vez apuntando cuidadosamente, y un repentino silencio se hizo entre las sombras. Sus enemigos dejaron de disparar.

—Vamos allá, Thomas. Creo que les hemos dado bien. Corrieron sigilosamente, haciendo zig-zag en la penumbra. Pero nadie disparó ya contra ellos.

En el porche frontero encontraron los cuerpos retorcidos de tres hombres. Por su aspecto y su forma especial de vestir, Billy los reconoció en seguida.

—Son Cronwell y sus hombres, unos pistoleros de ciudad. Vinieron siguiendo a Eva desde el Este, atraídos por lo de la herencia. Querían robarle las acciones, los títulos de propiedad, las joyas, ¡qué sé yo!

—¡Hum! Me parece mentira que Eva sea rica, Billy. Que tenga joyas, acciones y… todo eso. Tendremos que dejar que te lleve a Mónica, sin duda, para que participe de su fortuna.

—¡Mónica! Ese tiempo que hemos pasado juntos, estas aventuras que juntos hemos vivido, llegarán a parecemos un sueño —susurró Billy con expresión nostálgica—. Pero, nos guste o no, Mónica tiene derecho a encontrar algo mejor. Nosotros, ¿qué? A lo más que podemos aspirar es a encontrar un buen empleo en un rancho.

—Abraham Pipper no llegó a decirme nada —musitó Thomas con aire contrito, cambiando de conversación—. No creas que es que me faltó habilidad para interrogarle. Es que apenas había empezado a hacerle preguntas cuando le atravesaron la cabeza de un balazo.

—¿Cazaste al hombre que lo hizo?

—Sí, está ahí, junio a la ventana. Muerto.

Los dos amigos fueron hacia allí. Billy no tuvo ningún trabajo en reconocer al hombre.

—Es uno de los que me apresaron hace poco. Pero aún quedan otros dos libres. Uno al que llaman Fred, y la chica, Suzy Clair. ¿A dónde pueden haber ido?

—Mónica y Eva… —apuntó su amigo con timidez.

—¡Santo Dios! ¡Claro que sí! ¡Les interesaba capturarlas para hacerles hablar! ¡Vamos! ¡No sé si llegaremos a tiempo!

En aquel momento se oyó una voz a su espalda:

—¡Manos arriba u os abraso!

Billy y Thomas conocían de sobra aquella voz. Billy se pegó a la pared, disparando al suelo sin intención de matar, mientras Thomas

corría por entre el fango con la agilidad de un gamo. Apenas unos segundos después había llegado junto al *sheriff*, que estaba acurrucado en el porche. Sin mediar palabra, antes de que el otro pudiera volverse, le asestó un culatazo en el cráneo, dejándolo sin sentido.

—Listos —silbó—. Me parece que es el tercero que recibe esta noche.

—Yo he perdido ya la cuenta. Bueno, vamos a toda prisa al hotel. ¡Puede que Mónica y Eva estén muertas!

* * *

La puerta se había abierto completamente. En el umbral, ante las dos atónitas mujeres, apareció un individuo que llevaba un revólver en cada mano.

—¡De espaldas las dos! ¡Pronto!

Aquel individuo tenía los ojos pequeños, la frente estrecha y la mandíbula cuadrada. Debía haber nacido para asesino. En su expresión había algo vicioso, brillaron sus ojos al ver a aquellas dos mujeres tan hermosas quietas ante él, indefensas, de espaldas.

—Veamos si lleváis algún revólver —silbó.

Guardó una de las armas, la derecha, y su mano fue hacia el cuerpo de Eva, la más atractiva de las dos. La muchacha sintió un estremecimiento al notar el contacto de aquellos dedos.

—Veamos… veamos… con calma —silbó Fred.

Pero Eva reaccionó bien pronto. De improviso hizo algo que nadie hubiese esperado de su apariencia encopetada, de sus aires de gran dama Sujetó la mano derecha de Fred y se inclinó hada adelante, volteándolo por encima de su cuerpo con una maestría que dejó boquiabierta a Mónica y sin respiración, al pistolero. Pero éste fue lo bastante miserable para disparar, haciéndolo con la mano izquierda. La bala rozó el costado de Eva, incrustándose en la pared del fondo. Cuando hizo fuego por segunda vez, ya estaba en el suelo. Eva le puso una mano en el hombro y tiró del brazo, retorciéndoselo con todas sus fuerzas. Fred aulló de dolor; parecía increíble que Eva pudiese tener una fuerza semejante. Mónica, entretanto, le había sujetado ya la mano armada, mordiéndole en la muñeca. Fred, lanzando auténticos alaridos, tuvo que soltar d revólver.

—¡Perras miserables! ¡Os mataré! ¡Os arrancaré la piel a tiras!

—¿Sí chato?

Era Eva la que había hablado. Hizo más fuerte su presión y el alarido de Fred debió oírse al otro lado de las Rocosas.

Pero el pistolero aún no estaba vencido. Era una verdadera torre de músculos y podía con dos mujeres solas. Hizo una pirueta; Eva perdió el equilibrio y cayó hacia adelante, con un gran revuelo de faldas. Mónica recibió un brutal manotazo en el rostro. Y Fred, que había soltado el revólver, lo recuperó.

—¡Ahora vais a ver malditas!…

Sus ojos brillaron de satánico placer. Aulló:

—¡Pronto! ¡Una junto a la otra!

Le temblaba el dedo en el gatillo. Sabía que nadie del hotel tendría tiempo para interrumpirles. Y avanzaba ya poco a poco, brillándole los ojillos como nunca, cuando una voz a su espalda hizo:

—¡Chis!

Fred se volvió. Llevaba ya los dos revólveres en la mano, y lanzó un alarido de placer al ver a Billy en el umbral, con las manos limpias a la altura de las fundas. Fue a disparar, y en ese instante vio algo que parecía obra de magia. Los dedos de Billy descendieron a los revólveres con más rapidez de la que los ojos podían seguir. Tiró a través de las fundas, frenéticamente, con los dientes apretados en una mueca de rabia. Mónica lanzó un grito al ver salir la bala por el otro lado del cuerpo de Fred. Billy estuvo disparando con sus dos armas hasta que se le vaciaron los cilindros; doce balas en total. El cuerpo de Fred, el pistolero, quedó transformado en una verdadera criba.

Detrás de Billy apareció Thomas. Éste estaba nervioso. Se le notaba que le hubiera gustado disparar también.

—¿Os ha ocurrido algo? —susurró el joven, mirándolas a las dos.

—Nada… todavía.

Los dos hombres entraron en la habitación. La puerta quedó abierta.

—Alguien del hotel os podía haber ayudado, demonio. ¿Quién ocupa las habitaciones de al lado?

—La de la izquierda está vacía. La de la derecha, según creo, un

viejo chiflado que se dedica a coleccionar animales del desierto, y que tiene jaulas hasta en el pasillo.

—Sí, ya lo he visto. Bien, vais a tener que salir de aquí. Alquilad un carruaje esta misma noche, o compradlo, y emigrad de Tombstone.

—Creo que… será prudente hacerlo así —musitó Mónica.

Pero en este momento oyeron gritos desaforados en el pasillo, muy cerca de la puerta.

—¡Me han robado el mejor de mis escorpiones! ¡Era un ejemplar único! ¡Bandidos! ¡Me lo han robado!

Billy tuvo un estremecimiento. De repente pensó en algo: Suzy Clair estaba libre. Podía encontrarse muy cerca de ellos. Podía haber…

—¡Cuidado! —gritó.

El escorpión estaba ya en el lecho, muy cerca del cuerpo de Eva. Estaba irritado y tenía la cola levantada dispuesta para el picotazo mortal. Billy, que tenía los revólveres descargados, tendió el brazo con agilidad pasmosa y arrancó a Thomas uno de los suyos. Disparó con él dos veces, atravesando limpiamente a la alimaña. Eva tuvo que reprimir un grito de honor.

—Esto ha sido obra de Suzy Clair. Esté libre y no vacilará ante nada con tal de eliminaros. Lo siento, pero hay que salir por ella.

—No puede andar lejos —susurró Thomas—. Le voy a dar una paliza soberana y luego, le ataré a la silla de un caballo que haya venido de Tejas, o algo así, y sienta deseos de volver a su cuadra, a ver si se la lleva bien lejos.

Eva apretó los labios.

—No os atrevéis a matarla porque es una mujer. Pero conmigo no reza eso. Dejadme un revólver.

—Eva, tú…

—Está bien, no me lo dejéis. Ya me he proporcionado uno.

Ella misma arrancó el «Colt» de entre las manos agarrotadas de Fred. Se dirigió a la salida de la habitación.

—Vais a atropar una pulmonía con estas ropas empapadas —dijo desde el umbral—. Permitid que os preste unos dólares para comprar algo nuevo. Hay tiendas en Tombstone que están abiertas toda la noche.

Dejó caer al suelo un billete de cien, y se alejó con aires de reina

pasillo abajo.

* * *

—¡Eh, Eva! —gritó Billy.

La mujer estaba ya fuera del hotel, bajo el porche solitario de la fachada. Se volvió al oírse llamar.

—¿Qué quieres tú, vagabundo?

—En primer lugar, que dejes de llamarme así. Y luego que te tragues este billete de a cien dólares.

—¿Por qué? ¿Pretendes darme órdenes?

—Quiero decirte que ni Thomas ni yo necesitamos tu maldita ayuda.

La expresión de Billy era dura. Eva tuvo de repente la sensación casi angustiada de que nunca había visto un hombre así. Nunca, nunca…

Verle era como un dolor. Porque era el hombre más atractivo, más noble que jamás había conocido, el más alegre y cordial y, sin embargo, tenía que alejare de él, y aun reprocharle que fuera el fiel amigo de su hermana. Tenía que sostener ante él su papel de dama altiva, inaccesible. Trató de no mirarle y dijo:

—Cien dólares no son nada para mí.

—Pero para nosotros, si No acepto limosnas de diez centavos para arriba.

En ese momento llegó Thomas. Los ojos le brillaron al ver el billete que su amigo sostenía entre los dedos.

—Oye, Billy, deberíamos ser razonables. Acepta ese dinero en calidad de préstamo, que devolveremos algún día…

—¡No me da la gana!

—¡Bueno, pues a mí, sí!

Arrancó el billete de manos de Billy y echó a correr como si le persiguieran todos los diablos. Billy le vio marchar, con cierta lástima, Su amigo se había cansado de llevar siempre una camisa rota, unas botas agujereadas y unos pantalones remendados por cien sitios. Ansiaba vestir bien de una vez. Era aquello muy natural y explicable, pero le dolía que el dinero viniese de manos de una mujer. Y fue entonces cuando aquella voz dijo:

—Billy…

Lo dijo de una forma muy extraña. Fue como si aquella voz le

acariciase, como si los labios de donde procedía estuvieren dulcemente posados en su piel. Billy se volvió y vio cómo Eva le estaba mirando. Vio que sus ojos le llamaban, leyó en ellos un mensaje que le hizo daño en el corazón porque no queda creer en él.

—Me alegra que no hayas querido aceptar los cien dólares. —Siguió diciendo la mujer con voz queda—. Así no me debes nada. Pero yo en cambio estoy en deuda contigo, Billy. Me has salvado la vida.

—Y eso, ¿qué importa?

—Déjame que te pague, Billy.

Él sintió miedo. Sí, fue eso: miedo. Supo que en cuanto la mujer cayese en sus brezos el ya no respondería de sus actos. Que en cuanto rozase aquellos labios entreabiertos la locura penetraría en él.

—Eva, tú no puedes…

—No hables, tonto.

—Un mundo nos separa…

—No pierdas esto ocasión, inocente.

—¡Eva!…

Fue a apartarse, pero ella ya se había acercado tanto que no tuvo fuerzas para eso. Vio muy cerca aquellos ojos, aquella boca. Y entonces la locura se apoderó de él.

Cuando soltó a la mujer, después del beso, a los dos les faltaba la respiración. Eva cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás, como si esperara otro. Billy, comprendiendo que aquello no podía ser, retiró las dos manos que ceñían la cintura de la muchacha. Y ésta, falta de equilibrio, cayó en el suelo.

¡Pataplaf!

—¡Eh! ¿Pero cómo te atreves, rufián? ¿Qué te has creído? ¡Yo te ajustaré las cuentas!

Con su revólver, empezó a disparar a los pies de Billy. Éste no supo si era para asustarle o para dejarle cojo, de modo que optó por la solución más prudente, que era la huida. Saltando a una de las columnas del porche con una agilidad pasmosa, trepó por ella e instantes después había desaparecido. Eva, con una imprecación muy poco femenina, vio que en el cilindro no le quedaba más que una sola bala.

Al llegar a la esquina, Billy saltó a tierra y echó a andar a lo largo de la calle. No habían transcurrido ni dos minutos cuando se tropezó con otro individuo que venía corriendo a gran velocidad. Era Thomas.

—¿Cómo? Pero… ¿qué es esto?

Thomas venía reluciente. Parecía increíble que en tan poco tiempo hubiera podido elegir ropa confeccionada y cambiarse. Sus ropas estropeadas hablan sido sustituidas por un traje completo, que además le sentaba bien. Traía otras ropas en la mano derecha.

—Hay un almacén abierto a poca distancia de aquí —replicó—. Me he comprado esto. Toma. Además, traigo ropas para ti. Supongo que te estarán bien.

—Parece increíble, Thomas. No te creía capaz de esto. Están compradas con el dinero de Eva.

—Bueno, ahora ya están pagadas y no las puedo devolver. Algún día le reintegraremos ese dinero. ¿Qué quieres que haga? ¿Que tire todo esto al fango, para que se lo coman los ratones?

Billy comprendió que su amigo tenía razón en una cosa: en que ya estaba hecho.

—Bueno, voy a cambiarme en este porche. Pero el primer dinero que ganemos será para devolver sus cien dólares a Eva, ¿entendido?

—Si alguna vez ganamos cien dólares, si…

De mala gana, Billy se vistió las ropas nuevas. Thomas le había traído incluso unas botas. Pantalón planchado, camisa nueva, lazo, chaleco… Sólo faltaba la levita para parecer del todo un caballero. Pero en el almacén no tenían. La gente elegante de Tombstone se hacia las levitas a medida.

Todo aquello le sentaba a Billy admirablemente. Tenía una distinción tan natural y un porte tan elegante que en esos momentos parecía un auténtico caballero. Thomas mismo se quedó boquiabierto.

—Chico, tendremos que dedicarnos a jugadores de naipes. La buena ropa nos cae bien…

—Uno siempre tiene que ponerse elegante para que lo entierren —dijo enigmáticamente Billy.

Y echó a andar en dirección al porche donde poco antes dejara sola a Eva Freeman.

Pero cuando llegó a aquel lugar, la muchacha ya no estaba allí.

—¿A quién buscas, Billy? —preguntó Thomas.

—A Eva. He pensado que no conviene dejarla sola, e incluso me hubiera gustado acompañarla al hotel, aunque hace poco me ha despedido a balazos. Pero quizá esté ya junto a Mónica.

—Claro, de aquí al hotel hay tan poca distancia que…

Pero en ese momento, para desmentir las optimistas palabras de Thomas, oyeron tres disparos. Tres disparos que rasgaron trágicamente la noche.

CAPÍTULO XII

DESAFÍO EN EL INFIERNO

Los dos amigos corrieron en la dirección de donde procedían los disparos Estos habían brotado de una calle relativamente bien iluminada que había a la izquierda. Otros hombres que se hallaban en las cercanías, en la puerta de un saloon, les siguieron rápidamente también.

En esa calle, a pesar de la buena iluminación, no se veía nada. Mejor dicho, no se veía a la persona que había apretado el gatillo tres veces. La larga fila de porches pereda desierta.

Pero Billy tenía vista de lince. Susurró:

—Eh, mira allí.

Se veía una silueta oscura deslizarse poco a poco a lo largo de un porche. Por sus contornos y por la ropa que usaba, Billy la identificó en seguida como Suzy Clair. Era ella la que había disparado, sin duda, porque llevaba un arma en la mano. Y el objetivo de sus balas no podía ser otro que Eva Freeman. De ésta no se veía rastro por ninguna parte.

—Intenta matar a Eva —susurro Thomas—. En vista de que no puede hacerla su prisionera para obligarla a hablar, la quiere eliminar del mundo de los vivos. Es muy caritativa.

—Cuando una mujer como ella se ha convertido en el jefe indiscutible de un grupo de pistoleros, no debe andar muy sobrada de escrúpulos susurró Billy. —¡Si fuera un hombre te juro que!…

—Pero es una mujer. No podemos desafiarla. No podemos hacer nada. Aunque somos imbéciles al respetar semejantes reglas en un infierno como Tombstone.

Los hombres, silenciosos como fantasmas, se habían acercado a ellos. Todos estaban pendientes del lento avance de la mujer, que caminaba con la agilidad de un gato.

Seguía sin verse rastro de Eva.

—Debe tenerla acorralada. Deberíamos tirar a sus manos, Billy. Hacerle soltar el revólver.

—A esta distancia no puede ser. Pero me acercaré.

Billy iba a avanzar hacia el centro de la calle cuando de repente vio a Eva. La muchacha había surgido por una esquina, muy lejos de donde Suzy la esperaba. Llevaba un revólver en la mano, y por un instante Billy creyó que iba a disparar a traición sobre su enemiga desprevenida. Pero Eva era incapaz de hacer eso. Plantándose en medio de la calle, gritó:

—¡Tengo una sola bala! ¡Te la dedico!

Esperó a que Suzy se volviera por completo, a que la apuntara incluso. Un rugido de sorpresa partió de la garganta de la mujer-pistolero al ver a Eva allí. Apretó el gatillo, mientras la muchacha se tiraba al suelo. Fue Eva la última en tirar, y no lo hizo hasta que su enemigo hubo empleado las armas. Un grito de sorpresa partió de las gargantas de los espectadores al ver que la única bala de Eva Iba a alojarse en la cabeza de Suzy Clair, matándola sin surtimiento.

Billy no fue de los menos sorprendidos. Estaba sencillamente blanco. Se acercó a Eva y tartamudeó:

—Pe… pe… ¿pero dónde aprendiste a hacer esto?

—Misterios, amigo. ¿No sabías que una mujer es un enigma?

Se acercó a Suzy Clair y le cerró los ojos. Al alejarse de allí, en el rostro de Eva había marcada una infinita desesperanza.

—Acompáñala al hotel, Thomas —susurró Billy apretando el brazo de su amigo—. No la dejes un momento sola.

Thomas obedeció, acercándose a Eva. Pero en este momento, a espaldas de Billy, se escuchó una voz:

—¿Con que más conquistas, eh?

Billy se volvió. Era Nancy Farwell, la bailarina rival de Mónica.

—¡Cielo santo, otra mujer! ¡No quiero más mujeres en mi vida! ¡Por favor, nooo!

Estuvo a punto de echar a correr, pues Nancy le atemorizaba más que una pareja de revólveres. Pero en ese momento alguien se arrojó a su cintura como un bólido, haciéndalo rodar por el porche.

Billy lanzó una maldición al reconocer a Pat Ferguson.

—¡Vamos a él, muchachos!

Los «muchachos» eran unos cuantos tipos con caras de pistoleros a sueldo que se hallaban en la puerta de un saloon cercano. Todos se arrojaron sobre Billy al mismo tiempo, formando una enorme y confusa bola dentro de la que se oían maldiciones, gritos y denuestos. Thomas, que no se había alejado demasiado, volvió grupas al ver aquello y avanzó a gran velocidad gritando:

—¡Allá voy…!

La masa humana, entre golpes e imprecaciones, entró rodando en el saloon. Todos los hombres congregados allí lanzaron estentóreos, hurras ante él, para ellos, maravilloso espectáculo. Las botellas, las sillas, las mesas, saltaron inmediatamente por los aires. Billy logró ponerse en pie y sujetar a Ferguson, al que separó un poco para colocarle a la distancia ideal del gancho cruzado. Este vino con tanta fuerza que el hombre voló materialmente hasta la barra. Thomas había levantado a un enemigo sobre su cabeza y, tras volteado, acabó lanzándolo contra la estantería repleta de botellas. Otro enemigo se arrojó sobre Billy, pero éste lo desmayó de un puntapié en el estómago. Nancy Farwell estaba en un rincón, a un tiempo aterrorizada y orgullosa al pensar que tantos hombres se peleaban porque ella había lanzado un grito.

Billy recibió un gancho en la mandíbula, donde tenía la herida. Vaciló. El hombre que le había golpeado avanzó con el cuello de una botella entre los dedos, dispuesto a desgarrar el rostro del joven. Nancy gritó:

—¡No! ¡Nooo!

Pero Billy no necesitaba que nadie intercediese por él. Hizo un quiebro con la cintura, esquivó la salvaje acometida de su contrario y volteó a este sobre los hombros, lanzándolo, también contra la estantería de botellas.

Y en este momento entró el *sheriff*. Traía la cabeza vendada.

—¡Quietos! —rugió—. ¡Quietos en nombre de la Leeey!

Todos bajaron los brazos, cejando en su actitud de pelea y tratando de disimularlo lo mejor posible. Billy mismo ayudó a levantarse a Ferguson, que aceptó su mano. Nancy, que en el fondo era una sentimental, le pidió perdón con la mirada.

—¡Voy a arrestaros a todos! —rugió el *sheriff*—. ¡Mi autoridad,

mi prestigio, mi…!

—¡Tu cabeza! —le gritó una voz.

Pero el aviso ya no llegó a tiempo. La estantería, después de una última pirueta, acabó desplomándose con botellas y todo encima del representante de la Ley.

Epílogo

Hacia sol, y los hombres sudaban. Eran cuatro, entre dios Thomas y Billy, los que estaban trabajando en aquel lugar del cementerio de Bradford. Varias personas, entre ellas Eva, Mónica y el *sheriff* de Tombstone, contemplaban la tarea.

—Voy comprendiéndolo todo —dijo Billy, mientras con su pala abría camino en la tierra—. Abraham Pipper pudo muy bien, por su graduación, ser jefe de los correos sudistas y, por consiguiente, al final de la guerra, cuando todo estaba perdido, lograr enterrar aquí una fuerte suma de dinero. Suzy Clair y sus hombres lo supieron un día en que se cometió una indiscreción, en Alabama, y vinieron siguiéndole hasta aquí. Pipper comprendió que no podía luchar contra ellos; que si daban con él y le capturaban podrían fácilmente obligarle a hablar.

—¿Pero por qué todo aquel lío de la herencia? ¿Por qué se puso en contacto con nosotros? —jadeó Thomas mientras te secaba las gotas de sudor que resbalaban por su frente—. Eso es lo que yo no entienda.

—Creo que puedo explicártelo. Pipper vio que éramos jóvenes y buenos tiradores. Debió pensar que podía cedernos la tumba y, una vez encontrado lo que hay en ella, lo defenderíamos de la banda de Suzy Clair, que ya estaba encima, eliminándola en su mayor parte. Claro que también contaba con que nos eliminasen a nosotros, y como él era nuestro heredero…

—¡Vaya! ¡De modo que le hacemos el trabajo nosotros! —rezongó Thomas—. ¡Pues sí que era un buen trato!

Calló, porque en ese mismo instante las puntas de las palas acababan de tropezar con algo. Ere una caja metálica no muy grande, perfectamente cerrada. La sacaron, entre una gran

expectación, y el propio *sheriff*, que había comprendido que era mejor para su salud hacerse amigo de Billy y Thomas, la descerrajó de un tiro.

Dentro aparecieron lingotes de oro purísimo. Unos lingotes que valían por lo menos cincuenta mil dólares.

—¡Cáspita! Saltó Thomas. —¡Y todo esto es nuestro! ¡Podemos casarnos con la chica que nos dé lo gana!

Billy movió la cabeza de un lado a otro: Una nube de preocupación y de tristeza había pasado por sus ojos.

—No, Thomas. Muchas personas han muerto ya por este oro. Y cierto es que ni tú ni yo sabríamos qué hacer con él. Más vale que busquemos un trabajo honrado, un buen trabajo en un rancho, y por mi parte dejo todo este oro para mejoras públicas en la ciudad de Tombstone.

—Pe… pero —articuló el *sheriff*—. ¡Si la ciudad no les ha hecho más que daño!

—¿Qué importa eso? Fueron rencores estúpidos que ahora ya están olvidados —dijo Billy, mirando a Nancy Farwell, quien le contemplaba con ojos humedecidos—. Y en Tombstone hay mucha gente que necesita este oro.

Thomas se encogió de hombros. «Siempre seré» así —pensó—. Hago un mal negocio al ir contigo, pero como eres el mejor amigo que tengo…

—Nunca tendré dinero, Eva —dijo Billy, mirando a la muchacha —, si ese dinero ha costado sangre. Sólo me gustarla tener cien dólares para pagarte lo que te debemos…

Eva se acercó a él. Había lágrimas en tus ojos. Unas lágrimas que los hacían más infantiles y puros. Más bellos.

—Yo tampoco tengo un centavo, Billy. Todo fue una mentira para atraer a mi hermana, arrancarla de este ambiente que yo suponía malsano para ella y hacerla volver al Este. No soy más que una profesora de baile y gimnasia, que, además, antes de venir al Oeste, aprendió a jugar a las cartas y a manejar el revólver… Lo del recorte de periódico fue también trampa; me lo hice preparar yo misma en una imprenta de Nueva York. Y aquellos «gánsteres», los de la banda de Croowell, se la tragaron y me siguieron. ¡Oh, sé que no podréis perdonarme nunca! ¡No quiero marcharme yo tampoco! ¡Dónde estéis vosotros dos, siempre habrá verdad y nobleza!…

—Eva… ¿es posible? —susurró Billy sin dar crédito a lo que oía.

—¡Claro que lo es! ¡Tanto que si no llego a ganar a los naipes aquella noche no tengo ni para pagarnos el viaje de vuelta!

—¡Eva!

Se encontraron el uno en brazos del otro, sin atreverse a hablar, tanta era su dicha.

—Bueno, bueno —cortó el *sheriff*—, crean que siento haberles perseguido con tanta saña y haberme equivocado con ustedes de tal modo. ¿Hay algo que pueda hacer por ustedes?…

Billy sacó un revólver y lo volteó ágilmente en su derecha, empañándolo al fin por el cañón.

—Sí, *sheriff*, una cosa. No se enfade, pero lo que más ilusión nos hace es… ¡esto!

Le golpeó con la culata en la única parte de la cabeza que no llevaba vendada. El *sheriff* cayó, lanzando un quejido que era ya más bien de resignación, y allí quedó solo harto de esperar, pues todos se habían alejado tras Billy y Eva, Mónica y Thomas, peleándose por tener preferencia en ser testigos de la doble boda.

FIN